

80 LÍBROS BRUCUERA

PUNTO

ROJO

LA GALLINITA CIEGA

Lou Carrigan



LA GALLINITA CIEGA

LOU CARRIGAN



Colección PUNTO ROJO n.º 812

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS

POR ESTA EDITORIAL

En Colección LA HUELLA:

140. — Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

355. — Cumple con tu deber.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

211. — Un palacio en las nubes.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

2.86. — Si vas por el camino del diablo.

En Colección PUNTO ROJO:

810. — Muñecos en manos de artista.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.422. — Hong Kong: Ida y vuelta.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 35.149 — 1977

Impreso en España — Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: noviembre, 1977

© Lou Carrigan — 1973

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA.
S.A.

Mora la Nueva 2

Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona — 1977

JUERGA NOCTURNA

EN total había nueve personas, y todas parecían estar pasándolo estupendamente. A fin de cuentas, todos eran muy jóvenes, y, con eso sólo, ya había motivo suficiente para organizar una formidable y sensacional juerga, según se supone.

Estaban en la playa, bailando, riendo, bebiendo... Algunos tocaban instrumentos musicales, y hasta una de las chicas se había atrevido a convertirse en la atracción central del grupo, bailando con un descaro sólo comparable a la escasez de sus ropas. Era una juerga formidable, sí señor.

Y además, en un escenario perfecto, tranquilo y romántico. Tenían el mar, la noche llena de estrellas, con luna creciente, que se partía en mil pedazos sobre las negras aguas marinas; en la orilla, continuamente, se iban formando blancas crestas de espuma, sobre las olas que llegaban empujadas por la brisa procedente del mar, y que también mecían muy suave, lenta, dulcemente, las esbeltas palmeras. Se oían risas, música, tintinear de cristal, gorgotear de líquidos. La locura.

De pronto, uno de los asistentes a la fiesta playera alzó los brazos, y gritó:

—¡Eh, muchachos, ya basta de tonterías!

Todos se callaron de golpe. Entonces se oyó el rumor del mar, que hay quien piensa que es más hermoso que el de la música. Cerca de la orilla se veía la vieja lancha pesquera, flotando, anclada. Había miles, millones, billones de estrellas en el negro firmamento...

—¡Ha llegado la hora de la gran diversión! —clamó el que había alzado los brazos—. ¡Y yo creo que, por ser el más nuevo en el grupo, tiene que ser Peter el que se ocupe del centro del juego! ¡Él va a ser el personaje principal!

—¿Y qué es ese juego? —dijo uno de los muchachos.

—¡El gran novato...! ¡Los demás lo sabemos, pero él no lo sabe! Pues bien... ¡vamos a enseñárselo! ¿O acaso te niegas?

Hubo risas crispadas, chirriantes, roncadas... Ocho pares de ojos estaban clavados, relucientes, en el personaje que iba a ser el centro del juego, rodeado de agitación, de risas, de tensión...

—¡Yo no me niego a jugar a nada! —rió el personaje central.

—¡Muy bien! Entonces, vamos a empezar... Damas y caballeros:

¡empieza el más divertido juego de todos los tiempos!

CAPÍTULO PRIMERO

—ENTONCES —musitó el teniente de Homicidios Tracey—, quedamos en que el caso es para ustedes, inspector.

Gordon, el inspector-jefe de la Delegación del FBI en Miami, asintió con la cabeza, sin mirar al policía. Se sentía aterrado y al mismo tiempo fascinado por aquel cadáver.

—Esto tiene que ser obra de un loco...

Gordon dejó caer por fin la manta, ocultando el cadáver, y miró al policía.

—¿Uno solo? —deslizó.

—Bien... No sé. Desde luego, si pensamos en que una sola persona ha podido hacer esto, tendremos motivos para querer retirarnos del mundo, y vivir sin ver a nadie en lo alto de una montaña. ¿Cómo es posible que existan seres capaces de esto?

—Interesante pregunta. Pero ahí llega alguien que quizá sea capaz de darnos una respuesta.

—En ese caso, me quedaré unos minutos más. ¿Quién es...?

Se había vuelto hacia el coche que acababa de detenerse cerca de ellos, junto a la ambulancia que esperaba retirar el cadáver hacia la Morgue. El coche quedó bajo un grupito de palmeras, en terreno sólido, a la sombra. Un hombre se apeó, saludó a los agentes del FBI que esperaban por allí, y se acercó a donde estaba el cadáver, con paso lento, pausado, mirando a todos lados con serena atención. Era de mediana estatura, delgado pero de hombros muy anchos, manos grandes y mandíbula recia; la boca era fina, como un corte ondulado grabado en piedra, y sus ojos de un extraño tono oscuro entre negro y café. Caminaba muy cuidadosamente, como si quisiera evitar a todo trance que entrase ni un solo grano de arena en sus zapatos. Se podía pensar que no tenía sangre en las venas.

—Milton Bermuda —susurró Gordon—. Hace poco que llegó a la Delegación, así que ustedes no le conocen aún. El informe que tengo de él lo define perfectamente como criminólogo. Es médico, pero evidentemente, prefiere trabajar en el FBI. Un experto en Psicología Criminal.

—Parece aburrido... Y poco simpático.

Gordon dirigió una viva mirada de reojo al policía.

—Hasta ahora, Bermuda ha hecho pequeños trabajos colectivos de rutina, así que no he podido valorarlo bien. Sin embargo, el que parezca aburrido y sea o no sea simpático no es cosa que me preocupe en uno de mis agentes, Tracey. Sólo espero que Bermuda aclare el caso. Si hace eso, por mí puede ser todo lo aburrido y antipático que quiera.

—Claro. Pero éste no es el primer caso de esta clase, y hasta ahora, nadie ha descubierto la menor pista.

—Esta Vez tenemos algo diferente: la gallina. De todos modos, esperemos que un día u otro podamos descubrir algo... Hola, Milton.

El *g-man* objeto de la conversación se detuvo ante ellos, y movió la cabeza ligeramente.

—Buenos días, señor. Me dijeron que tenía algo especial para mí.

—Así es. Te presento al teniente Tracey, de Homicidios.

—Bien. Mucho gusto, Bermuda. Entiendo que es usted un experto en Criminología.

—Así es —admitió Milton, con toda naturalidad—. ¿Puedo echar un vistazo, señor?

—Te he estado esperando para que te encargues de dirigir el caso en todas sus facetas. Puedes considerar que todos estamos a tus órdenes.

—Gracias.

Se inclinó, alzó una punta de la manta, y se quedó mirando el horrendo espectáculo. Gordon y Tracey lo miraban a él fijamente, pero no captaron la menor alteración en los secos rasgos de Milton Bermuda... Parecía que estuviese contemplando un par de zapatos sobre los cuales no acababa de tomar la decisión de comprarlos o no.

Dejó la manta abierta y doblada sobre el cadáver, y se acuclilló. Tomó primero una mano del muerto, y luego la otra, examinándolas con aquella indiferencia desconcertante. Volvió a tapar el cadáver, y se incorporó. Se quedó mirando las huellas de varios pies que se dirigían hacia el mar, cuyas suaves olas formaban una blanca cenefa de espuma. Se acercó unos cuantos pasos más, siempre muy cuidadosamente, y se quedó mirando aquellas pisadas, entornados los ojos mientras encendía un cigarrillo. Algo alejados, sus compañeros del FBI y numerosos policías esperaban, en completo silencio. Sólo se oía el rumor del mar. Pasaron unas cuantas gaviotas, y Milton Bermuda alzó la cabeza; estuvo mirándolas unos segundos, como distraído. Luego, se volvió, y contempló las huellas de la arena en la parte que estaba tierra adentro.

—¿Todas esas huellas las han dejado ustedes? —preguntó.

—Sí. El hombre que encontró el cadáver aquí mismo, entre las palmeras, avisó enseguida a la policía. Y el teniente Tracey afirma que cuando llegaron solamente había las huellas de ese hombre. Ninguna más.

—De todas maneras —musitó Bermuda— no debieron andar por aquí

removiendo tanto el terreno. ¿Quién es el hombre que encontró el cadáver?

—Un pescador de caña. Se llama Bob Curry. Dice que viene a este lugar muchas mañanas, a pescar, porque nunca hay nadie en esta playa, y puede lanzar el anzuelo sin temor a enganchar a ningún bañista. Está esperando. ¿Quieres hablar con él?

—¿Conocía ese hombre al muerto?

—No.

—Entonces, que deje su dirección y se vaya a otro sitio a pescar. No aportará ningún dato. Puede ir a decírselo, teniente, si le parece bien. El señor Curry no tiene por qué perder su mañana de pesca.

—Se lo diré —se estremeció ligeramente Tracey.

Se alejó, mientras Gordon miraba con curiosidad a su agente.

—¿Y bien, Milton?

—La víctima llegó a esta playa en una embarcación, acompañado de varias personas más. Los de Huellas deberán intentar saber, por medio de esas pisadas de pies descalzos —señaló hacia el mar—, cuántos eran exactamente. Una vez aquí, parece que permanecieron un rato, mataron al muchacho y se fueron.

—¿Así de simple?

—No veo por qué tenemos que complicar las cosas, señor.

—De acuerdo —masculló Gordon—. ¿Qué supones que ocurrió? Sicológicamente hablando, ¿qué clase de gente pudo hacer esto? ¿Y por qué?

—¿Por qué? Pues, sinceramente, señor, no se me ocurre ningún motivo por el que alguien pueda cometer semejante bestialidad. En cuanto a la clase de gente que pudo hacerlo sólo puedo decirle que estaban drogados.

—¿Drogados?

—Sin duda alguna, señor. Se puede pensar que una persona se vuelva loca y cometa un acto de tal barbarie, pérdida de la razón... Pero aquí intervinieron no menos de seis personas, y me sorprendería una locura colectiva de tal envergadura..., a menos que esa locura fuese provocada. Con LSD, por supuesto.

—Este es *el* quinto caso ocurrido en la costa Sui del país en siete meses, Milton. ¿Estás diciendo que en todos los casos sucedió lo mismo?

—No estuve encargado de los otros casos. Estoy hablando del mío.

—¿Crees que no tienen nada en común este asesinato brutal y los otros cuatro de idéntica apariencia?

—Pueden tener mucho en común. Pediremos los expedientes a Washington, y los estudiaré. ¿Alguien ha tocado la gallina?

—Creí que ni siquiera la habías visto —refunfuñó Gordon—. No. Nadie la ha tocado. Así fue encontrada, y así quedó. Puedo anticiparte

que en ninguno de los cuatro casos anteriores apareció una gallina junto al cadáver destrozado.

La gallina estaba caída de lado, en la arena, a cinco o seis pies del cadáver. Una curiosa gallina del tamaño de una cuarta parte del natural. De juguete por supuesto. Era de plástico, pero estaba tan bien fabricada que casi parecía auténtica. De dominante tono marrón un poco tornasolado, no faltaba el menor detalle de autenticidad. Milton Bermuda se acuclilló junto a ella, la tomó por el pico, y la puso en pie sobre la arena un tanto prieta en aquel lugar.

Inmediatamente, la gallina de juguete se puso en movimiento, caminando torpemente, subiendo y bajando las alas y emitiendo un gracioso «co-co-co-co-co...» Y dejando tras ella tres blancos huevos adecuados a su tamaño. Gordon lanzó una exclamación, y se acuclilló también, junto al *g-man* que comentó:

—Es una gallina muy ponedora, ¿verdad? Apuesto a que los huevos son de azúcar, señor.

La gallina dio todavía unos cuantos pasos más, emitiendo su «co-co-co», y, por fin, perdió pie en un desnivel, cayó de lado, y quedó completamente inmóvil.

—¿Te sugiere algo esto? —preguntó Gordon.

—En absoluto. Es un juguete, y eso es todo. No se me ocurre otra cosa, por ahora.

—Quizá tenga algo que ver con el asesinato.

—Quizá... Hay gallinas muy malas, que se comen sus propios huevos. ¿Han examinado detenidamente el terreno?

—Todavía no. Te estábamos esperando.

—Yo creo que eso son huellas —señaló el *g-man*—. También de pies descalzos. Venga, señor.

Se incorporaron los dos, y fueron hacia donde señalaba el imperturbable Milton Bermuda. En aquel lugar había cientos de huellas de pies superpuestos, pero, en el sitio exacto en que señaló Bermuda se veían más definidas, alejándose hacia adentro, por entre las palmeras.

—Aún no habíamos mirado por aquí —masculló Gordon.

—Lo entiendo. Parece que las personas que tomaron parte en la... fiesta vinieron todas hacia aquí en un momento dado. Vamos a seguir las huellas sin estropearlas.

Llegaron hasta donde el terreno era ya decididamente duro. Allí terminaban las huellas, pero, un poco a la derecha, volvían a verse en la arena, regresando por un lugar diferente al lugar donde estaba el cadáver. Bermuda permaneció pensativo unos momentos. Luego, de pronto, preguntó:

—¿Ha visto la sangre, señor?

—¿La qué? —respingó Gordon.

—Venga.

Regresaron. Bermuda se detuvo en un punto, y señaló unas cuantas piedras blanquecinas, que tenían unas manchas oscuras. Después, señaló una de las palmeras, y Gordon vio otra mancha en el tronco, más grande, de forma aproximadamente rectangular.

—Parece sangre, en efecto —admitió el inspector—. Se podría pensar que estuvieron persiguiéndolo por aquí, acuchillándolo, y que el pobre muchacho se apoyó en una palmera, y fue dejando gotas de sangre por el suelo.

—En efecto, así podría ser. Pero yo creo que no. Ese chico no pudo salir del círculo de muerte. Lo atacaron allí, y allí cayó. Esta sangre debe pertenecer a otra persona.

—¿Crees que mataron a alguien más?

—Bueno... Puestos a matar... Veremos qué dice el análisis de esta sangre, y la compararemos con la de la víctima. Si le parece, nosotros podemos marchar a la Delegación, a pedir los expedientes de los otros casos mientras nuestros compañeros de Huellas trabajan aquí, señor.

—De acuerdo. ¿No quieres ver nada más?

—Ha sido suficiente.

El inspector Gordon vaciló, pero acabó por encoger los hombros. Era todo un veterano del FBI, y una de las cosas que mejor había aprendido era confiar en los agentes que tenía a sus órdenes. Esto le había dado resultados en el noventa por ciento de las veces.

—Muy bien —dijo—. Ya te he dicho que tú mandas en esto.

Se fueron hacia el coche en el cual había llegado Bermuda. Al pasar cerca de la gallina de plástico, el *g-man* se detuvo, y la estuvo mirando pensativamente unos segundos, mientras Gordon lo miraba a él, pensando que si Milton llegaba a tener una sola teoría sobre la presencia de aquel juguete que ponía huevos de azúcar, lo nombraría genio oficial de la Delegación de Miami.

Pero, al parecer, el agente especial del FBI, Milton Bermuda no era un genio, porque acabó por encoger los hombros y continuar su camino hacia el coche.

Capítulo II

—¿HAS sacado algo en claro de los expedientes? —preguntó Gordon, señalando uno de los sillones ante su mesa.

Bermuda se sentó, encendió un cigarrillo, y dijo:

—No, señor. Excepto, claro, que todos estos asesinatos fueron cometidos en la costa. En Corpus Christi, una chica de dieciocho años; en Galveston, un muchacho de veinte; en Nueva Orleáns, otro muchacho de diecisiete; en Tampa, hace tres semanas, el último caso, el nuestro..., que es el único en el que ha aparecido una gallinita. ¿Se ha identificado al muchacho?

—Sí. Estaba fichado por conducir con imprudencia manifiesta.

—¿Drogado quizá?

—No. Sólo un chico... alegre, que se divertía. Además, había robado el coche, pero la cosa se pudo arreglar, porque el propietario no quiso hacer la denuncia.

—¿No? ¿Por qué?

—Parece que la familia del chico intervino.

—Ah... Sí, entiendo. ¿Quién era él?

—Peter Marsh-Lengton, diecinueve años, nacido en Miami, con domicilio desconocido últimamente, pues se ha sabido que vivía lejos de su familia. Cuando lo del coche, quedó aclarado esto.

—Un independiente —musitó Milton—. ¿Dónde vive su familia?

—En el 14 de 8th Terrace, en Di-Lido Island, de las Venetian.

Milton miró vivamente a su jefe.

—¿Gente de dinero?

—De mucho dinero.

—Bien... Entonces, esto ya tiene otro punto en común con los demás casos: todas las víctimas tenían mucho dinero. Pero... no me convence. No encaja. Está aceptado como lógico que haya personas que maten por dinero, pero... ¿por qué ese ensañamiento con la víctima? Es absurdo, innecesario... ¿Estas son las cosas del chico?

Señaló sobre la mesa, y Gordon asintió con la cabeza. Milton se puso en pie, y las fue mirando, sin tocarlas, bien visible su indiferencia ante la vulgaridad de aquellos objetos. De pronto, su mirada quedó fija en el encendedor, y enseguida volvió a mirar vivamente a Gordon, el cual asintió con la cabeza, y se permitió una sonrisa.

—Sí —dijo—. Es un encendedor de cámara, de esos que se venden por ochenta o cien dólares a particulares.

—¿Había película?

Gordon tomó un sobre y lo alzó hasta la mano de Bermuda, que lo tomó rápidamente. Sacó el montón de fotografías, ya ampliadas, y las fue pasando, casi rápidamente, bajo la atenta mirada de su jefe, que esperaba ver algún cambio en su expresión. Pero no hubo cambios, a pesar de que las fotografías merecían, cuando menos, alguna exclamación de alegría; pocas veces podían conseguirse tantos y abundantes datos para emprender una investigación.

Milton Bermuda, se volvió a sentar, y fue pasando, ahora más lentamente, las fotografías. Había diecisiete en total. Cinco de ellas eran sorprendentes, por no decir desconcertantes: una telaraña con la araña colgando; un dedo pulgar; una flor marchita, una moneda de diez centavos puesta de canto; y un *sandwich* triangular, con lechuga y jamón de York, al parecer. Las apartó, y dedicó toda su atención a las otras doce. En una de ellas se veía una vieja lancha de pesca, ocupando el centro de un grupo de varias. En otra, se veía la proa de la vieja lancha, en la cual, pintado a mano, se veía el nombre: *The Soul*. Luego, se veía el interior de una embarcación, que cabía pensar con toda lógica era de la vieja lancha de pesca. Un camarote sucio, con cuatro literas. En las demás, se veía un grupo de greñudos jóvenes de ambos sexos, sentados en el piso de la lancha, o en cubierta, ya juntos, ya separados en grupos más pequeños. El total de componentes de aquel grupo era de ocho: cuatro chicos y cuatro chicas. Siete de ellos llevaban grandes medallones colgados del pecho, con una inscripción que no podía leerse. Las dos últimas eran absoluta y decisivamente reveladoras: se veían palmeras, siluetas de chicos y chicas bailando... Muy confusamente, porque habían sido tomadas de noche. Parecía una escena de playa entre divertidos mozalbetes, pues también se distinguían un par de guitarras...

—No está mal, ¿verdad? —deslizó Gordon.

—Es formidable —admitió Milton.

—Eso pensamos todos. Te están buscando esa vieja lancha de pescar por todo Miami. No tardarán mucho en encontrarla.

—Estupendo, señor. ¿Qué más hay?

—Respecto a las huellas en el lugar de los hechos, todas tus teorías han sido confirmadas. Incluso la de la sangre: no pertenece a la víctima.

—¿Había tomado drogas?

—LSD, salvo gravísimo error forense. Y en gran cantidad. En terrible cantidad.

—Otro punto en común con las demás víctimas...

—Y ya van siendo muchos puntos en común —asintió Gordon.

—Lo que no encaja es la gallinita —murmuró Milton, mirándola de

lado sobre la mesa—. ¿Han tomado ya todas las huellas que pudiera tener?

Gordon volvió a sonreír, y tendió otro sobre al *g-man*. Le iba dejando desarrollar la investigación a su gusto, estaba bien claro. Bermuda tomó el sobre, y sacó las fotografías ampliadas de las huellas que se habían obtenido sobre la gallina de plástico. Había quizá veinte fotografías, pero, cuando las hubo pasado todas, Milton comentó:

—De una sola persona.

—Sí. Esa gallina sólo la tocó una persona.

De nuevo se quedó mirándola Milton, perplejo. La colocó en pie, y la gallina comenzó a caminar por la mesa de Gordon, poniendo de nuevo los tres huevos de azúcar y emitiendo su «co-co-co-co-co», y batiendo las alas. Dejó de mirarla cuando se detuvo, y, mientras Gordon le daba cuerda de nuevo e introducía los tres huevos por el orificio bajo una de las alas, volvió a repasar las fotografías de Peter Marsh-Lengton, pensativo.

—¿Puedo llevármelas? —preguntó de pronto.

—Tenemos todas las copias que queramos —autorizó Gordon—. ¿Quieres que simplifiquemos el asunto, Milton?

—¿De qué modo?

—Bien... Digamos que Peter Marsh-Lengton conoció a los chicos de esa vieja lancha, se hizo amigo de ellos, hicieron una fiesta con música y LSD, perdieron el control, y lo mataron. Pronto los vamos a encontrar, y verás cómo confiesan lo mismo que yo digo.

—¿Piensa detenerlos, señor?

—¿No? —alzó las cejas Gordon, lógicamente asombrado.

—No sé... Usted manda.

—Yo mando en esta Delegación, pero no en el caso. El caso es sólo tuyo.

—Que no los detengan, entonces, hasta que yo lo autorice.

—Bien... Los mantendremos vigilados, si así lo prefieres. Pero... ¿puedo saber tus motivos?

—Es sólo que yo soy muy calmoso, señor.

Gordon parpadeó rápidamente varias veces, atónito. Frunció el ceño, de pronto, pensando que Milton Bermuda estaba de broma, pero no. No estaba de broma. Es decir, que realmente debía ser muy calmoso.

—De acuerdo —gruñó—, Pero me gustaría un motivo un poco más sólido, Milton.

—Vea estas fotografías —Milton apartó tres, y las colocó ante su jefe, rodeando la mesa; tomó un bolígrafo, y señaló—: Observe a este hombre: no es del grupo. Va bien peinado, vestido con normalidad, sin medallones ni cosas raras como los otros. Estaba en la lancha de visita. Y me pregunto si estaría de nuevo allí cuando fuésemos a detenerlos a

todos.

—¡Esto ya me gusta más! —exclamó Gordon—. Esperaremos a que vuelva de visita. Es un buen motivo, Milton.

—Sí, señor. Pero es que, además, soy muy calmoso, de veras. Esto... ¿Hemos avisado ya a la familia del muchacho?

—Prácticamente no se ha dispuesto de tiempo. Ha habido que identificarlo, primero y...

—Quisiera ir a ver a esa familia. Supongo que ellos sí sabrán cosas del chico.

—¿Qué cosas?

—Cosas. Por qué fotografiaba arañas, y cosas así. Me gustaría llevarme la gallina de los huevos de azúcar.

El inspector Gordon suspiró, dándose por vencido.

—Muchacho —refunfuñó—, haz lo que quieras. Yo sólo quiero resultados. Las demás Delegaciones no han podido resolver sus casos, así que, con calma o sin ella, vamos a ver si les damos una lección. ¿Okay?

—Sí, señor. Hasta luego.

Capítulo III

ERA una quinta muy bonita, aunque no demasiado grande. Pero, tan sólo por su ubicación era fácil de comprender que los propietarios eran gente adinerada. Las Venetian Islands, en plena Biscayne Bay, no tienen nada que envidiar a Miami Beach, y por otra parte resultaban más íntimas y tranquilas.

Había una verja, un jardín, y al fondo la casa, de dos pisos, blanca, con bonitas columnas en el pórtico. Hacia la derecha, cerca de la casa, se vislumbraba un trampolín y una palanca, de donde se desprendía con toda facilidad que tenían piscina. Acudió a abrir la verja un criado de edad avanzada, muy serio, pero amable, que no parecía muy decidido a anunciar la visita del señor Milton Bermuda; en cambio, palideció ligeramente cuando el *g-man*, dándose cuenta de su indecisión, le mostró la placa del FBI, añadiendo que el asunto era de vital importancia. Ya no vaciló más, y condujo a Milton hacia la casa. Lo hizo esperar en el vestíbulo, y mientras Milton miraba a todos lados con gesto de aprobación, llamó a una puerta y entró al recibir autorización, dejando salir del cuarto, por un instante, el tecleo de una máquina de escribir.

Reapareció a los pocos segundos, haciendo una discreta seña a Milton, que se acercó lentamente. El criado se colocó a un lado de la puerta.

—La señorita lo recibirá, señor Bermuda.

—Gracias.

Entró, y el criado cerró la puerta a su espalda. Se encontró en un estudio, lleno de libros, de flores, de cuadros, de artículos deportivos. Era un lugar alegre, con vista al jardín y a la piscina. Al fondo, la puertaventana debía permitir la salida allá directamente.

Junto a una mesita en la cual se veía una máquina de escribir había una muchacha, que no podía tener mucho más de veinte años. La luz del sol le daba en la espalda, de modo que no podía ver bien su rostro; pero, en cambio, recortaba perfectamente una silueta sensacional, y hacía brillar como oro nuevo sus cabellos cortos, sueltos, de aire juvenil. La muchacha se acercó, y Milton pudo verle entonces el rostro, cuya belleza estaba totalmente de acuerdo con la del cuerpo. Tenía los ojos muy grandes, de un gris-azul extraordinario, y su boca, larga y llena, era una pura delicia. Por fortuna, además de muy bonita, Milton

comprendió, tan sólo al mirar sus bellos ojos, que era inteligente. Ella se detuvo ante él, parpadeó un poco atemorizada, y musitó;

—Soy Maisy Marsh-Lengton, señor Bermuda. Entiendo que desea hablar conmigo.

—Sí... Bien... ¿Está usted sola?

—¿Sola?

—Me refiero a si no está en casa su madre, o su padre...

—Uh, entiendo... No, no. No tengo más familia en el mundo que mi hermano Peter, señor Bermuda. ¿Ha venido usted a hablarme de él?

—Sí... En efecto.

—Usted es del FBI, según me ha dicho Arnold. Espero... que Peter no haya hecho nada demasiado malo esta vez.

El imperturbable agente del FBI se encontró de pronto terriblemente incómodo, y no poco deprimido.

—Bueno... Realmente, esta vez no se trata de lo que él ha hecho, sino... de lo que le han hecho a él.

—¿A él? ¿A Peter?

—Sí.

—¿Qué... qué le han hecho? ¿Ha sufrido algún accidente...?

—Yo no lo llamaría así. Sin embargo, digamos que... que los hechos han tenido... fatales consecuencias.

Hemos tardado en localizar el domicilio de su familia, y por eso no hemos venido a avisar antes. Le ruego que nos perdone, pero él no llevaba encima ningún documento de identificación, y...

Se calló, porque la muchacha, con las manos en el pecho, muy pálida le contemplaba con expresión angustiada, muy abiertos los ojos. Milton Bermuda pensó que ya había dicho demasiado, y que la muchacha no tenía más remedio que haberle entendido. A menos que fuese tonta completa.

—¿Ha muerto? —tembló la voz de Daisy Marsh-Lengton.

—Siento mucho darle tan mala noticia —farfulló roncamente Milton.

—Dios mío...

Daisy se dejó caer en un sillón, y el *g-man* quedó en pie, más incómodo a cada segundo que pasaba. La muchacha quedó con los ojos fijos en el suelo, como hipnotizada, y Bermuda se sobrecogió al ver el brillo, de dos lágrimas en los hermosos ojos. Eso fue todo, de momento. El federal vio la mesita-bar, fue allá, y sirvió en un vaso media pulgada de whisky, que llevó a la muchacha.

—Le ruego que me perdone... —musitó—. Es la primera vez que doy una noticia de esta clase, y temo no haber estado a la altura de las circunstancias. Lo siento.

Ella tomó el vaso, bebió un sorbito, y luego, parpadeando, miró a

Milton. Al parpadear, las dos lágrimas se desprendieron, y Milton pensó que habría sido estupendo hallarse a unos cuantos cientos de millas de allí.

—¿Qué... qué clase de accidente tuvo mi hermano?

—¿Accidente?

—¿No fue un accidente?

—Emmm... Bueno...

—¿No?

—No.

—Me parece... que no comprendo... ¿De qué ha muerto?

—Pues nosotros, el FBI, ¿comprende usted?, tenemos la... teoría de que... Sí, la teoría de que ha sido... asesinado.

Daisy Marsh-Lengton palideció aún más, y se le quedó mirando como si el *g-man* acabase de decir que él era un mamuth, o un marciano, o algo así de imposible. De pronto, rompió a llorar, y Milton le quitó el vaso de la mano, porque pensó que debía hacer algo. Pero luego de dejar el vaso, volvió a quedar sobre un solo pie, con la mente en blanco, sin saber qué hacer o decir, hasta que al fin pudo pensar que ver llorar a aquella muchacha, era algo terrible.

Por fin, la muchacha se puso en pie, secándose las lágrimas.

—Perdone... —tartamudeó—. Pero no he podido evitarlo, señor Bermuda...

—Me... parece adecuado y razonable que usted llore, señorita Marsh-Lengton. No hay cuidado. Ejem... ¿Quiere un poco más de whisky?

—No... Dios mío, esto es horrible, no puedo creerlo. ¿Por qué? ¿Por qué le han hecho eso a Peter?

—Todavía no lo sabemos.

—¿Dónde está? ¿Puedo ir a verlo?

Bermuda recordó el estado en que había quedado el apuñalado muchacho, y se dijo que habría sido estupendo poder decir que no, que estaba prohibido ver a Peter Marsh-Lengton. Pero tuvo que decir:

—Naturalmente. Tienen derecho a ello, y además, esperamos la identificación definitiva. Yo me temo que no va a ser muy agradable, precisamente.

—¿Por qué?

—Bien...

—¿Ha quedado desfigurado?

—No exactamente. Con sinceridad, señorita, soy capaz de describirle minuciosamente su estado al ser hallado, pero preferiría que usted no me lo preguntase.

Ella se mordió los labios, asintió con la cabeza, y señaló la puerta del estudio.

—Iré a cambiarme —musitó—. Estaba trabajando ¿Le importa esperar unos minutos?

—No, no... De ninguna manera. ¿En qué trabaja usted, si no es indiscreción?

—No es propiamente un trabajo, sino más bien un *hobby*. Estoy escribiendo un libro sobre las flores del continente americano.

—Ah... Vaya, es una bonita ocupación. Espero que su libro tenga mucho éxito.

—Gracias.

Se quedaron mirándose unos segundos, hasta que de pronto, la muchacha se dirigió hacia la puerta. Milton quedó solo, y entonces suspiró profundamente. Se sentó en un sillón, abrió el portafolios, y sacó las microfotos que había tomado Peter Marsh-Lengton, ahora ampliadas. La idea de que cuando encontrasen aquella vieja lancha pesquera llamada *The Soul*, se iba a solucionar todo, le gustaba, por una parte. Pero por otra, le parecía todo demasiado fácil. Sin embargo, las evidencias y un mínimo de lógica, aparte de las dos fotografías nocturnas en la playa, no podían ser más explícitas. Unos muchachos toman drogas, bailan, pierden el control... ¿y llenan de cuchilladas a uno del grupo? No tenía mucho sentido, pese a que las cuchilladas eran tantas que bien podían salir a seis o siete por persona. Se imaginó a un solo asesino infiriendo más de cuarenta cuchilladas a una persona, y desechó inmediatamente la idea. Sobre todo, teniendo en cuenta que la víctima no estaba sola, sino que había muchos más jóvenes. No. Aquello había sido una labor... de equipo. ¿O en determinado momento habían quedado solos en aquel lugar Peter Marsh-Lengton y uno del grupo y entonces...?

La puerta se abrió, y Daisy apareció en el umbral, vestida de calle.

—Cuando usted guste, señor Bermuda.

—Sí... Señorita Marsh-Lengton, comprendo que éste no parece el momento apropiado, pero me gustaría enseñarle unas cuantas fotografías. Bien entendido que si no está en condiciones de...

—¿Qué fotografías son esas?

En primer lugar, Milton le entregó las fotografías de la araña, la flor marchita y las otras cosas. La muchacha las miró sin sorprenderse lo más mínimo. En cambio, Milton tuvo la impresión de que una ligera sonrisa pasó por los labios de la muchacha. Por fin, ella lo miró, y dijo:

—Estas fotografías las ha tomado mi hermano, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabe?

—Oh, él es... era un poco raro. Se consideraba una especie de genio de la fotografía. Ha tomado fotos de las cosas más raras e inverosímiles que usted pueda imaginar. Su apartamento está lleno de reproducciones muy ampliadas de cosas de esas. Siempre iba de un lado a otro con una

máquina fotográfica... Nunca he conseguido saber cómo pudo hacerme algunas fotografías, pero lo cierto era que me parecía imposible pese a tenerlas ante los ojos.

—Creemos que usaba una cámara para microfotos. Llevaba una en su encendedor, al menos.

—¿Como las de los espías?

—Aproximadamente. Ha hablado usted del apartamento de su hermano... ¿Sabe dónde lo tiene?

—Sí. Hace tiempo que él decidió vivir su vida, y no pude disuadirle de ningún modo. —Esta es una hermosa casa... ¿Por qué no quería vivir aquí?

—Decía que se divertía más fuera de esta casa.

—Entiendo. ¿Quiere, por favor, ver estas otras fotografías? También son de su hermano, aunque no haya cosas raras en ellas. Si acaso, solamente esos jóvenes personajes. Me gustaría que se fijara bien en ellos, por si conoce a alguno.

Daisy estuvo un minuto mirando las fotos con gran atención. Al fin, negó con la cabeza, y las devolvió a Bermuda.

—No... No conozco a nadie de los que aparecen. Lo siento. ¿Es importante?

—Creemos que sí: son las últimas fotografías que lomó su hermano, según todas las apariencias. Y está bien claro que nadie se dio cuenta de ello, pues de otro modo le habrían quitado el encendedor-cámara.

¿Tampoco le suena el nombre de la lancha pesquera: *The Soul*?

—No...

—¿Se veían con frecuencia usted y su hermano?

—Con bastante frecuencia. Él no podía cobrar su parte de la herencia de nuestros padres hasta que cumpliese veintiún años, así que yo lo administraba todo, y él venía por aquí de cuando en cuando a pedirme dinero.

—Supongo que ahora será todo para usted.

—Claro. Naturalmente. Pero preferiría tener a mi hermano, señor Bermuda.

—¿Cómo dudarlo? Dígame: ¿cuánto hace que su hermano estuvo a pedirle dinero la última vez?

—Anteayer.

—¿Anteayer? ¿Y no le habló de unos amigos, de una vieja lancha de pesca...?

—Nunca me hablaba de sus amigos. Sabía que yo no aprobaba a la mayor parte. —Comprendo. ¿Cuánto dinero le pidió?

—Veinte mil dólares.

—¿Veinte mil do...? —respingó Milton—. ¿Para qué quería tanto

dinero?

—No lo sé.

—¿Pero se lo dio usted?

—Le entregué un talón, y le dije que durante seis meses por lo menos no le daría ni un centavo más. Se echó a reír, me dijo que él sabía muy bien que yo no le haría semejante cosa, me besó y se fue riendo.

—Veinte mil dólares es mucho dinero... ¿Sabe usted si lo retiró del Banco?

—Aún no me han devuelto el cheque, pero supongo que sí lo retiró. Si quiere, puedo apuntarle la dirección de mi Banco, y usted mismo puede preguntarlo.

—Sí. Se lo agradecería, señorita Marsh-Lengton.

La muchacha fue a la máquina de escribir, quitó el folio que había en el rodillo, y colocó media cuartilla, en la que tecleó a velocidad que dejó pasmada a Bermuda. Luego, le tendió el papel.

—Aquí tiene.

—Gracias... Es usted muy amable, de veras. Yo... quisiera enseñarle todavía otra cosa, si no tiene inconveniente.

—¿Qué cosa?

Bermuda se arrodilló en el suelo, sacó la gallina de plástico, la colocó de pie, y el juguete emprendió inmediatamente, su marcha incierta, coqueando, batiendo las alas y dejando atrás tres pequeños huevos de azúcar, blanquísimos.

—Co-co-co-co... —hizo la gallina; y al fin se paró.

Daisy Marsh-Lengton consiguió apartar su estupefacta mirada del animalito, y la dirigió al *g-man*, que, todavía arrodillado, la miraba atentamente.

—Pero... ¿qué es esto? —exclamó al fin Daisy.

—Una gallina ponedora. Es de plástico. Un juguete. Los huevos son de azúcar, me parece.

—Yo... Perdone usted, señor Bermuda, pero— no sé qué decir... No comprendo. ¿Qué significa esta gallina?

—¿Nunca la ha visto antes? ¿No se le ocurre la menor cosa, cualquier comentario sobre ella?

—No... Desde luego que no.

—Fue encontrada junto al cadáver de su hermano.

La muchacha volvió a parpadear de aquel modo tan encantador.

—¿Y tiene... algún significado?

—Para nosotros, todavía no. Pensé que quizá usted podría orientarme.

—Pues no... Nunca la había visto antes. Estoy tan desconcertada que no sé ni qué pensar.

—Sí, es natural. Bien... Será mejor que vayamos a ver a su hermano.

—¿Dónde está, dónde lo... lo tienen?

Milton Bermuda se concentró muchísimo en recoger la gallina y guardarla en el portafolios, con las fotografías, evitando así mirar a la muchacha.

—En la Morgue —musitó.

Capítulo IV

AUNQUE la sangre del cadáver había sido meticulosamente retirada, incluso Milton Bermuda palideció ligeramente cuando el rostro de Peter Marsh-Lengton quedó visible al azar cuando el médico de turno retiró el blanco lienzo que lo cubría. No se podía decir que hubiese mejorado demasiado; quizá al contrario, porque, limpio de toda sangre, el rostro mostraba con estremecedora claridad las cuchilladas que había sufrido.

El *g-man* dirigió una mirada de soslayo a Daisy, y se mordió los labios al verla tan intensamente pálida, demudado el rostro. La muchacha se tambaleó, y Bermuda se apresuró a tomarla de un brazo, en un gesto instintivo, suave. Inmediatamente, la apartó de allí. Salieron de la cámara frigorífica general, donde estaban los cajones individuales, y, afuera, le sirvió un vaso de agua utilizando los recipientes de papel del depósito del pasillo. Tuvo que ayudarla a beber, porque la descajada joven no tenía ni fuerzas para sostener el vaso. Tragó toda el agua, y enseguida sus dientes comenzaron a sonar cuando su mandíbula inferior se agitó en un temblor violentísimo.

—La llevaré a su casa —casi tartamudeó Milton.

Volvió a tomarla del brazo, pensando que el médico había tenido mucha vista al mostrar solamente el rostro del muchacho muerto. Si Daisy hubiera visto las heridas múltiples y terribles del cuerpo, se habría desmayado. Con todo, era poco probable que Daisy Marsh-Lengton olvidase jamás el rostro de su hermano, tal como lo había visto por última vez.

Salieron de la Morgue, la llevó al coche, y la ayudó a sentarse en el asiento delantero, junto al volante. Iba a entrar él cuando vio a los dos hombres, un poco más allá, mirándolos. Vaciló, pero al fin se dirigió hacia ellos.

—No sabía que vendría aquí, señor. Hola, Vic.

—Hola, Milton —replicó el otro *g-man*.

—¿Lo ha identificado? —murmuró el inspector Gordon.

—Aún no lo ha dicho con palabras, pero es evidente que sí. He tenido que sacarla de allí casi en brazos.

—Ya lo hemos visto. Un mal rato, pero siempre es necesario. Los familiares en general, son quienes mejor identifican a los muertos.

—Lo sé. ¿Sabemos algo de esa lancha llamada *Soul*, señor?

—Aún no.

—Bien. Entonces, llevaré a la señorita Marsh-Lengton a su casa. Esta parte de nuestro trabajo no es nada agradable, ¿verdad?

El inspector Gordon y el agente Vic cambiaron una mirada, y Milton Bermuda comprendió que eso ya lo habían averiguado antes que él, en varias ocasiones. Pero ninguno de los dos hizo el menor comentario al respecto. Gordon tendió un periódico a Bermuda.

—Ha sido inevitable —masculló—. La noticia no pudo ser ocultada a la prensa, Milton.

—¿Y por qué habíamos de querer ocultarla? —pareció sorprenderse Milton; echó un vistazo a la primera plana, y frunció el ceño al ver la horrenda fotografía—. Vaya... Parece que llegaron antes de la retirada del cadáver. En cuanto al artículo... ¿se ha ceñido a la verdad?

—En líneas generales, sí. Ya sabes que los periodistas aprovechan estos sucesos para gastar mucha tinta, describen detalladamente todos los indicios... Es su oficio.

—Me quedará este periódico, señor, si no le importa. ¿Dicen los periodistas algo de la gallina ponedora?

—Sí.

—¿Están al corriente de las demás pistas que poseemos?

Gordon sonrió astutamente.

—De eso nada. Sería una estupidez por nuestra parte. Bien está colaborar un poco con ellos, pero si les decimos todo cuanto sabemos pueden estropear muchas cosas.

—Completamente de acuerdo. Bien, iré a llevar a la señorita Marsh-Lengton a su casa. Si se sabe algo de la lancha *Soul*, sería bueno que me llamaran al coche.

—De acuerdo. Hasta luego, Milton.

—Hasta luego —Milton comenzó a retirarse hacia el coche, pero giró de pronto de nuevo hacia su jefe y su compañero, y sacó un papel del bolsillo—. Son casi las siete, de modo que los Bancos han cerrado ya, pero quisiera que algún compañero fuese a este Banco, a preguntar si Peter Marsh-Lengton estuvo allá a cobrar un cheque de veinte mil dólares firmado por su hermana.

—Veinte mil dólares —susurró Gordon—. ¿Constituye eso una nueva pista, Milton?

—No lo sé aún. Ese chico estuvo anteayer a ver a su hermana, y como él no puede tocar la fortuna paterna hasta que tenga veintiún años, le pidió dinero, como siempre hacía. Y esta vez, fue una cantidad importante. No tienen padres, ningún otro familiar.

—Entonces, la señorita Marsh-Lengton ha quedado sola.

—Sí. Me ha dicho que su hermano tenía un apartamento, pero aún no sé dónde. Le preguntaré por el camino si está en condiciones, y habrá

que darse una vuelta por allí.

—De acuerdo. Ya nos dirás algo. Mientras tanto, Vic mismo irá a este Banco, y hará lo que sea para saber cuánto antes si el chico cobró o no los cobró los veinte mil dólares.

Bermuda asintió con la cabeza, saludó con una mano, y volvió al coche. Se sentó ante el volante, y miró a Daisy, que permanecía con la mirada fija en el tablero de mandos como hipnotizada.

—¿Se encuentra bien?

Ella lo miró, parpadeó y musitó:

—Era él... Era Peter, señor Bermuda.

—Ah... Bueno, la identificación siempre... siempre es conveniente, y... Bien, lamento haberle proporcionado este mal rato... La llevaré enseguida a su casa.

—No —dijo la muchacha—. No, no... Vayamos al apartamento de Peter.

—Le agradezco su buena voluntad, pero no es necesario que usted...

—Quiero ir. Usted está buscando a quien ha hecho... eso, ¿no es cierto, señor Bermuda?

—Es cierto, sí.

—Pues yo voy a ayudarle como pueda y sepa. Haré lo que me pida, lo que quiera, lo que sea con tal de que usted sepa todo lo posible de mi hermano, de todo... Ya lloraré cuando todo haya terminado.

El *g-man* se quedó mirando los ojos de la muchacha y los vio sorprendentemente secos, ardientes. No era difícil comprender lo que sentía Daisy Marsh-Lengton en aquellos momentos.

—Como guste —murmuró Bermuda—. Sólo puedo decirle que admiro su entereza, señorita Marsh-Lengton. ¿Dónde está el apartamento de su hermano?

Capítulo V

HABÍAN entrado utilizando Bermuda una lima de uñas que Daisy llevaba en el bolso, y con la cual el *g-man* abrió con toda facilidad la cerradura, muy simple. No había portero en aquel edificio de dos pisos, de aspecto modestísimo, y que tenía en total cuatro apartamentos. Peter Marsh-Lengton había ocupado uno de los del segundo piso. En el de enfrente parecía que no había nadie entonces, pero abajo se oía música y risas de jóvenes.

Había anochecido ya cuando entraron, de modo que lo primero que hizo Milton fue encender la luz. Inmediatamente, quedó estupefacto ante aquel espantoso desorden lleno de colorido. La primera impresión podía ser la de que alguien había estado allí revolviendo todo, pero el *g-man* comprendió enseguida que esto no era cierto. Simplemente, la víctima había vivido allí en una absoluta anarquía. Todo estaba lleno de colillas, de botellas de refrescos diversos, revistas, prendas de vestir, vasos, botellas de leche, restos de bocadillos, platos, zapatos... El caos. Al fondo a la izquierda se veía la puerta de la cocina, abierta; y no se podía decir que el muchacho hubiera sido más pulcro en la cocina. A la derecha se veía la puerta del dormitorio, también abierta, mostrando el mismo desorden en el cuarto.

Pero lo que acababa de convertir aquel lugar en auténticamente enloquecedor, eran las fotografías. Miles de fotografías de todos los tamaños y en todas partes, incluso en el techo, clavadas con chinchetas, con clavos, con cinta adhesiva... Fotografías deportivas, artísticas, pornográficas, extravagantes, incomprensibles, clásicas... Allí aparecía fotografiado desde un piano hasta dos moscas en plena intimidad.

Absolutamente asombroso.

En el dormitorio sucedía lo mismo, sólo que había muchas más chicas, cuyas vestimentas abarcaban toda la escala posible. Esto es, desde la inexistencia de indumentaria hasta el maxi-abrigo. Coches ardiendo, ratas, flamencos, delfines, una boca abierta ampliadísimas...

Milton Bermuda miró a Daisy, la vio un poco sonrojada. La muchacha se dio cuenta de que él la miraba, y musitó:

—¿No se puede tocar nada de aquí?

—Sería mejor que no, señorita.

—Yo... Bueno, Peter me... me fotografió en un momento en que yo

creía estar sola en el solarío de la piscina, en casa... ¿No podría retirar esa fotografía?

—Oh, sí... Por supuesto, no faltaba más.

Milton se sintió un poco azorado cuando la muchacha se dirigió hacia una de las fotografías. Era una chica, en bikini; estaba de espaldas, colocándose la pieza superior, y mirando hacia su derecha, distraídamente. El *g-man* reconoció a la propia Daisy, de modo que miró inmediatamente hacia otro lado, un tanto abochornado.

—Gracias —oyó.

La volvió a mirar. Ella estaba doblando la fotografía, ampliada todavía un poco rojo el rostro.

—Puedo esperar en la cocina a que usted mire bien por aquí, señorita Marsh-Lengton.

Y si hay más fotografías que le interese retirar, puede hacerlo.

—Se lo agradezco mucho, señor Bermuda. Sí, miraré... Peter era muy... bromista.

Milton salió del dormitorio, y se quedó ante la puerta que, supuso correspondía al servicio higiénico. Abrió, por pura rutina, y se quedó boquiabierto. Era otro cuarto, alargado, también lleno de fotografías, y donde al parecer tenía montado Peter Marsh-Lengton su laboratorio privado. Había unas gruesas cortinas negras en las ventanas, que debían ser corridas en el momento del revelado. Cubetas de todas clases, papel, tendederos... Sobre una tabla había no menos de doce cámaras fotográficas, y se quedó ante ellas, mirándolas con relativo interés. La única que le llamó la atención fue una «Polaroid» de revelado instantáneo, un poco apartada; junto a ella se veía un estuche con placas para aquella clase de fotografías. Sólo había que colocar la placa, tomar la fotografía, esperar diez segundos, y retirarla ya revelada. Retiró la placa que había en la cámara, pero estaba en blanco ya que no se había impresionado nada.

—Parece que no hay ninguna más —oyó tras él.

Se volvió, vio a Daisy, y asintió con la cabeza, señalando el montón de cámaras.

—Su hermano estaba muy bien equipado —comentó.

—Sí, lo sé... Gastaba mucho dinero en estas cosas.

—Así parece. Pero no creo que le pidiera veinte mil dólares para comprar algo de esto. ¿No recuerda que él dijera nada sobre esa cantidad?

—No.

—¿Estuvo usted muchas veces aquí?

—Muy pocas.

—¿Alguna de ellas lo encontró acompañado?

—No. Decía que él vivía a su manera, y a nadie le importaba cuál era

esa manera. Siempre se reía de todo... Tenía mucha vitalidad, y... y yo sé que era feliz así...

Se calló, y tragó saliva. Milton no sabía qué decir, y por anular aquel silencio, volvió a señalar las cámaras fotográficas.

—Todas son de buena calidad. Hasta hay una «Polaroid», de esas que revelan la fotografía en diez segundos, directamente. No son precisamente baratas.

—Si lo desea, puede quedársela, señor Bermuda.

El *g-man* enrojeció violentamente.

—No, no, de ninguna manera. Sólo comentaba...

—Me gustaría que se la quedara usted. Ahora todo esto es mío, y le ruego que la acepte.

—Se lo agradezco, pero...

—Por favor: insisto.

—Señorita Marsh-Lengton, usted no entiende. Yo no puedo...

—A mí no me servirán de nada. Usted está siendo muy gentil y sensible conmigo, señor Bermuda. Por favor, acéptela.

El *g-man*, decidió no prolongar aquella conversación. Podía hacer una cosa muy sencilla: quedársela, y luego entregarla en depósito en la Delegación. Daisy quedaría contenta, y asunto concluido.

—Está bien, me quedaré con ella; gracias. Mmm... Me temo que yo no podría sacar nada en claro en un lugar como éste, de modo que llamaré a mis compañeros de Huellas para que se encarguen del apartamento. Ya no es necesario que usted se moleste más, señorita Marsh-Lengton: la llevaré a su casa.

—Está bien... Gracias.

Poco después entraban en el coche que estaba utilizando Milton. Este llamó a la Delegación, y pidió que fuese enviado un equipo de Huellas a aquella dirección inmediatamente. Y apenas había colgado el auricular del radioteléfono cuando éste emitió una llamada.

—Aquí Bermuda... ¿Qué hay?

—Milton, soy Vic. Es sobre el asunto del Banco: el muchacho retiró ayer los veinte mil dólares.

—Entiendo. ¿Algún dato más, Vic? ¿Algo complementario?

—Nada. Tuve que ir a ver al director del Banco a su domicilio. Ni siquiera tuvimos que ir al Banco, pues él recordaba perfectamente que Peter Marsh-Lengton retiró esa cantidad, porque lo vio en el Banco, y cuando se fue se interesó por su talón. Dice que no vio nada anormal en ningún sentido. El chico fue allá, cobró, y eso es todo.

—De acuerdo. Voy ahora a llevar a la señorita Marsh-Lengton a su casa, y nos reuniremos en la Delegación...

—Mejor que no —se oyó la voz del inspector-jefe Gordon—: te hemos encontrado la lancha, Milton.

—¿La *Soul*?

—Claro. ¿Cuál otra?

—¿Dónde está?

—En el Pier 2 de los Municipal Docks. Tenemos allá a tres agentes vigilándola. Tú dirás.

—Bien... Iré a dejar a la señorita Marsh-Lengton y me reúno con usted en el Pier 2 dentro de cuarenta minutos.

—*Okay*. Hasta ahora.

Colgó de nuevo, y quedó pensativo, con las manos sobre el volante.

—Esa lancha —musitó de pronto Daisy— es la que usted me enseñó en las fotografías, señor Bermuda.

—Sí... Así es.

—¿Y están en ella los jóvenes de las otras fotografías, los que Peter fotografió?

—Es de suponer que sí. Me extraña que no hayan decidido marcharse de Miami... Aunque quizá han pensado, con cierta lógica, que el mejor modo de no llamar la atención era permanecer amarrados al embarcadero. Veremos qué dicen...

—¿Puedo ir con usted?

—¿Cómo? —se sobresaltó Milton—. Oh, no, no... Esto es trabajo para el FBI, señorita. Usted no tiene por qué...

—Me gustaría ir. Si son los asesinos de mi hermano, quiero estar presente cuando usted los detenga.

—Comprendo, sí... Pero no he pensado actuar tan decididamente, señorita. Presiento que en este caso hay algo extraño, y me parece más conveniente atacar... subterráneamente. No sé si me entiende usted...

—¿No piensa detenerlos?

—Todavía no lo sé. Primero quiero hacerme una composición de lugar y de personajes, basándome en ciertas ideas mías y en algunas teorías de psicología criminal. Mire, realmente, ahora que hemos encontrado esa lancha, nada nos sería más fácil que ir allá y detenerlos a todos, interrogarlos, y descubrir la verdad o parte de la verdad. Ese es uno de los métodos, y a veces resulta muy penoso y difícil. Yo soy partidario de hacer las cosas de otra manera.

—¿De qué manera?

—Se lo diré con palabras claras: cuando yo les ponga las manos encima a esos muchachos, todo estará decidido. Eso ahorra tiempo, molestias, dinero, riesgos de lucha, triquiñuelas por parte de esos jovencitos...

—Pero ustedes pueden obligarles a decir la verdad.

—No es tan fácil como parece. Si ellos se empeñan en negarlo todo, el caso se alargará, y todos saldremos perjudicados. Prefiero atraparlos cuando no puedan discutirme ni la hora. Además, yo estoy convencido

de que este asunto no puede ser tan simple y fácil. No, no... No voy a detenerles.

—Supongo que usted sabe lo que hace, señor Bermuda. Si yo pudiera ayudar en algo...

El *g-man* se quedó mirándola fijamente de pronto, como si la idea súbita que había brotado en su mente fuese poco menos que una revelación.

—Es posible que pudiese usted ayudarme —musitó.

—¿Qué tengo que hacer? —exclamó la muchacha.

—Exactamente lo que yo le diga. Si cuando le haya explicado mi flamante idea, no se siente capaz de secundarme, lo dejaremos. Quiero que esté bien segura. ¿Lo entiende?

—Sí, señor.

—Muy bien. Veamos: iremos a la lancha *Soul*.

Capítulo VI

PRIMERO saltó Milton a la cubierta de la lancha; se volvió, ayudó a Daisy a hacer lo mismo, y luego miró a todos lados. No había nadie a la vista, pero, por la portilla se veía la luz del interior de la lancha pesquera. Era muy vieja, crujiente, bastante sucia, pero no olía a pescado. Debía hacer tiempo que había sido desechada para labores de pesca.

—¿No hay nadie aquí? —gritó Milton, acercando su boca a la juntura de la portilla.

Se apartó, dispuesto a esperar; miró a Daisy, que estaba rígida, fija su mirada en la portilla. Por delante de ellos, a lo lejos, se veía la resplandeciente iluminación de Miami Beach, al otro lado de la bahía. Y en el centro de ésta, las Venetian Islands, en una de las cuales vivía la muchacha. Parecía que el mar estuviese lleno de luciérnagas...

La portilla se abrió de pronto, y un joven melenudo, bastante estrafalario, salió a cubierta. Los miró a los dos, pero dedicó su atención final a Bermuda, que captó con toda claridad la tensión del muchacho.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó.

—Queremos hablar con el dueño de esta lancha.

—¿Para qué?

—Es un asunto muy importante. Le sugiero que nos reciba, muchacho. Vaya a avisarle.

—¿Quiénes son ustedes y qué quieren exactamente?

—La señorita se llama Daisy Marsh-Lengton. Yo soy Milton Bermuda, detective privado.

A las luces del muelle pudo ver la intensa palidez que se extendió por el rostro del muchacho. De pronto, éste dio media vuelta, y desapareció en el interior de la lancha. Reapareció un par de minutos más tarde, y les hizo una seña. Bajaron los tres, Daisy tomada de la mano del *g-man*. Cuando llegaron abajo, Milton comprendió que la reunión era casi completa. Casi, porque, tal como había temido, faltaba uno de los personajes fotografiados por Peter Marsh-Lengton: precisamente, aquel que él había señalado, el que vestía de modo corriente, sin excentricidades. Los demás estaban allí. Tres muchachos y cuatro chicas, todos ellos menores de veinte años, o esta edad como máximo. Estaban sentados en el suelo, sobre viejas alfombras, dejando libre el centro de

aquella especie de pequeña sala central en el interior de la vieja lancha. Había dos apliques de luz en las paredes de babor y estribor, y eso era todo. El que los había recibido se sentó también, con las piernas cruzadas, y, como los demás, se quedó mirando a Daisy y Milton, que permanecieron de pie en el centro del silencioso, tenso, hostil círculo humano. Dos de los muchachos tenían una guitarra en las manos, y una de las chicas había dejado en el suelo, ante sus rodillas, un acordeón.

—¿Con quién tengo que hablar? —preguntó Milton, con voz seca y firme.

—Con todos —replicó uno de los muchachos—. Diga lo que sea.

—Bien... No sé si han entendido nuestros nombres. Yo soy Milton Bermuda, detective privado, y ella es la señorita Marsh-Lengton. Nos gustaría saber con quién estamos hablando. Ya sabíamos que se hacen llamar The Spirituals, y ahora vemos ese nombre en sus medallones, pero yo preferiría nombres propios, muchacho.

El joven que había hablado vaciló un instante, pero, evidentemente, pensó que era absurdo negar la presentación de todos.

—Yo soy Richard Kelley, pero todos me llaman Didi —luego fue señalando a los demás—. Ellas son Holly Durham, Jessica Dahl, Lucy Kovac y Penny O'Malley, y ellos Pat Cormack y Tommy Devine.

—Encantado. Bueno, ahora que ya nos conocemos todos, podemos ocuparnos del asunto...

—¿Qué asunto?

—Estamos buscando a Peter, el hermano de la señorita Marsh-Lengton.

—¿Y por qué lo buscan aquí?

Milton frunció el ceño, y dirigió una mirada astuta a Didi Kelley.

—¿Acaso le parece imposible que Peter esté aquí, Didi?

Hubo un cambio de miradas entre The Spirituals. Por fin Kelley movió negativamente la cabeza.

—No, no es imposible, señor Bermuda.

—Ajá. Si hubiera dicho otra cosa me habría mosqueado considerablemente, muchacho. Sepa que Peter le habló a la señorita de que había conocido a unos excelentes muchachos llamados The Spirituals, que viven en una lancha, que son divertidos... Mencionó el nombre de la lancha, así que hemos podido encontrarlos. Mejor dicho, he podido yo. La señorita me contrató esta mañana.

—Bueno, nos ha encontrado usted... Pero Peter no está aquí.

—¿Dónde está?

—No tenemos la menor idea.

—Vaya... ¿Cuándo lo vieron por última vez?

—Anteayer.

—¿Ayer, no?

—No. Por aquí no estuvo... ¿Por qué lo buscan?

Milton vaciló. Miró a Daisy, y de pronto se acercó a ella, la tomó del brazo, y musitó unas palabras en su oído. Los Espirituales vieron asentir a la muchacha. Luego, Bermuda volvió a encararse con Kelley.

—Vamos a ser claros con ustedes, Didi. Este es un asunto familiar un poco desagradable, pero la señorita Marsh-Lengton me autoriza a comentarlo con ustedes... hasta cierto límite. Escuchen lo que pasó: Peter fue a pedirle dinero a la señorita, como es costumbre en él, y ella le dio un cheque por dos mil dólares. Esta mañana a primera hora la señorita Marsh-Lengton ha tenido que ir al Banco, y, al preguntar si su hermano retiró ayer dos mil dólares, le han replicado que lo que retiró fueron veinte mil... ¿Comprenden ahora?

Hubo un nuevo cambio de miradas en el grupo de semi *hippies*. Una de las chicas, murmuró:

—¿Quiere decir que Peter falsificó el cheque de su hermana?

—Exactamente, Holly. ¿Qué otra cosa? La señorita Marsh-Lengton y yo fuimos a buscar a medio día a Peter a un apartamento que tiene en Nort Miami, pero el chico no estaba allí. Ella mencionó esta lancha, y me dediqué a buscarla, ayudado por algunos compañeros de profesión, con los que intercambiamos información a veces... Bueno, el caso es que aquí estamos, muy interesados en encontrar a Peter, por varios motivos. El principal de ellos es la advertencia severa que la señorita quiere hacerle a Peter respecto a que si repite una falsificación lo denunciará, aunque sea su hermano. Ese chico está tomando mal camino, ¿no les parece, muchachos? Y la señorita Marsh-Lengton quiere cortar de raíz esas... tendencias a la estafa.

—Me parece que todos le hemos entendido muy bien, señor Bermuda —dijo Lucy Kovac—, pero ya le hemos dicho que no hemos visto a Peter desde hace dos días.

—¿Green que él puede venir aquí esta noche, o mañana...?

—No lo sabemos.

—Vaya, es mala suerte... ¿De veras no tienen idea de dónde pueda estar ahora?

—No, de veras.

—En ese caso... Oigan... Un momento —Milton se volvió hacia Daisy—. ¿No me dijo usted que su hermano le había hablado de ocho jóvenes, señorita Marsh-Lengton?

—Sí —musitó Daisy—. Él dijo que eran ocho amigos.

Bermuda paseó la mirada por el círculo de muchachos, contando ostensiblemente.

—Yo cuento siete aquí —dijo—. ¿Quién es el que falta de su grupo?

El *g-man* percibió claramente un movimiento de inquietud mal contenida en el grupo.

—No falta nadie, aquí, señor Bermuda —dijo Pat Cormack—. Si Peter le habló a la señorita de ocho amigos, debió referirse a otro ajeno a nuestro grupo.

—Ah... Bueno, pero quizá él vino con ese amigo por aquí, de modo que ustedes lo pueden conocer. Sería interesante encontrarlo, ya que quizá ese otro amigo sí sepa dónde está Peter.

—No conocemos a ese otro amigo.

—¿Quiere decir que Peter no vino nunca aquí con él?

—Claro, eso quiero decir.

—Lástima... En fin, seguiré buscando. Mientras tanto, voy a pedirles un favor —sacó la billetera, y de ella sacó una tarjeta, que tendió hacia Richard Kelley—. Tengo mi apartamento en esta dirección: 770 de North West 28th Street, en Allapattah... Ahí está mi número privado de teléfono. Si ustedes llegaran a saber dónde está Peter, les agradecería que me lo informasen. ¿Puedo contar con ello? —captó la vacilación en Didi Kelley, de modo que sonrió amistosamente—. Entienda bien, Didi, que esta búsqueda es amistosa y que a la larga Peter saldrá beneficiado. No es bueno andar por ahí falsificando cheques, porque hoy lo hace con uno de su hermana, pero mañana... ¿quién sabe? ¿Ustedes me entienden, muchachos?

—Le avisaremos si lo vemos, señor Bermuda —dijo Tommy Devine.

—Agradecido. Bueno —volvió a sonreír, sacó dos billetes de veinte dólares, y los tendió también hacia Didi Kelley—, me gustaría invitarlos a algo, Didi...

—Guárdese su dinero, señor Bermuda.

—¿Por qué? Oh, vamos, sólo quiero...

—No necesitamos limosnas de nadie. El dinero significa poco para nosotros. Pero cuando lamentablemente lo necesitamos, sabemos ganarlo.

—Bien, yo no dudo eso... No he querido molestarles, se lo aseguro. Personalmente, soy de la opinión de que cada uno puede vivir su vida como mejor le plazca, así que ustedes me caen bien... ¿A qué se dedican para ganar dinero? —sonrió, señalando los instrumentos musicales—. ¿Lo consiguen con canciones, quizá?

—Nuestras canciones son para nosotros. Trabajamos, eso es todo.

—Bien... Entiendo, entiendo... Vaya, qué demonios, voy a admitir que me tienen intrigado... ¿Qué clase de trabajo hacen ustedes?

—Pintamos cuadros, hacemos juguetes, collares, vasijas artísticas... Tenemos unos grandes almacenes que nos lo compran todo.

—Les envidio. Supongo que haciendo esas cosas gozan de toda la independencia del mundo... ¡Vaya si les envidio! Apuesto a que se van por ahí con la lancha, pescan, duermen, y de cuando en cuando, el cajero de ustedes dice que necesitan dinero y entonces trabajan...

—Algo así —casi sonrió Didi, que, como los demás, empezaba a ser ganado por la actitud amable del *g-man*.

—Es formidable. Me gustaría saber pintar... ¿No podría ver alguno de sus cuadros, o cualquier otra cosa de las que hacen? Es pura curiosidad personal, de modo que si les molesto...

—No, no... Les enseñaremos con gusto nuestra producción. La vamos acumulando hasta tener un buen lote para llevar a esos grandes almacenes. Venga, señor Bermuda... Y usted también, señorita.

Se pusieron todos en pie, y Didi fue el primero en enfilar el pasillo que llevaba a los pequeños camarotes. Cuando abrió uno de ellos, Milton lo identificó inmediatamente como uno de los que aparecían en las fotografías de Peter Marsh-Lengton.

—¿Esos grandes almacenes son de Miami? —preguntó con indiferencia.

—Sí. Los M. M. Bueno, los Miami Merchandises, de Widemer Boulevard. Empezamos allí llevándoles unos cuadros, y ahora se lo quedan todo... Un momento...

Apartó una vieja lona que había en un rincón del camarote y señaló los objetos, en el suelo. Efectivamente, había cuadros, vasijas adornadas con conchas marinas, una caja llena de collares de pequeños moluscos y de trozos de coral, sandalias hechas a mano evidentemente, juguetes de felpa... Milton tomó un precioso osito de buen tamaño, de tono marrón con la barriga blanca, y grandes ojos verdes, y lo miró, risueño. Había muñecas, ciervos, un elefante...

—Formidables —elogió—. Pero no son mecánicos, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Quiero decir de esos muñecos que caminan, o que hacen piruetas, o muñecas que hablan...

—No. Para eso haría falta tener mecanismos. Nosotros hacemos sólo cosas de éstas, sin complicaciones.

—Tienen mucho gusto, de veras, Didi... Veamos este cuadro. ¡Es muy bueno! ¿Quién lo ha pintado?

—Yo —saltó Penny O'Malley.

—Enhorabuena... Me gusta... El tono del mar está muy bien logrado, y las palmeras... Preciosas las gaviotas, perfectas... Vaya, qué demonios, me gustaría comprarlo para mi apartamento, si no lo tienen comprometido.

—¡Oh, no! —exclamó Penny—. Puede llevárselo, si quiere, señor.

—Estupendo... ¿Cuál es el precio? Y también me voy a llevar este osito... ¿Cuánto las dos cosas?

Los Espirituales cambiaron miradas, indecisos. Bermuda sacó ahora cuatro billetes de veinte dólares, que mostró en abanico.

—¿Suficiente o poco? —sonrió.

—Mire, señor Bermuda, si lo que usted quiere es pagarnos por nuestra posible ayuda para encontrar a Peter, no es necesario.

—¡Tonterías! Me gustan el cuadro y el osito... ¿Por qué no he de comprarlos?

—En ese caso, está bien lo que nos dé —Didi se guardó el dinero—. Gracias, señor Bermuda. Si sabemos algo de Peter le avisaremos.

—Estupendo. Y ahora, adiós, muchachos... Tengo que seguir buscando a ese chico. ¿Nos vamos, señorita Marsh-Lengton?

Poco después, los dos entraban en el coche de Milton, que tiró el cuadro al asiento de atrás, y entregó el osito a la muchacha.

—Estamos en paz, señorita Marsh-Lengton.

—¿Qué...?

—Usted me regaló una cámara fotográfica. Yo le regalo un osito.

—Ah... Gracias. Lo conservaré, señor Bermuda.

—No creo que le haga mucha gracia conservar este simpático animalito de felpa. No... No lo creo. Se ha portado usted muy bien, señorita Marsh-Lengton.

—Gracias. Pero parece que no ha servido de nada... ¿Por qué dice que no querré conservar el osito?

El *g-man* se la quedó mirando, como dispuesto a decir algo que antes tenía que pensar muy bien; pero, de pronto, descolgó el auricular del radioteléfono, y pidió a la central que lo comunicasen con el coche del inspector Gordon.

—Te hemos visto entrar y salir, Milton —se oyó a los pocos minutos la voz del inspector-jefe—. ¿Has sacado algo en claro? Espero que el plan que antes nos explicaste haya dado frutos.

—Sí, señor. Como ya me temía, en la lancha no estaba el octavo personaje, el que vestía normalmente. Pero sí están los siete jovencitos *hippies*... Se llaman: Richard *Didi* Kelley, Pat Cormack, Thomas Devine, Jessica Dahl, Penny O'Malley, Lucy Kovac y Holly Durham. Viven de lo que ganan pintando cuadros, haciendo muñecos de felpa, vasijas, collares de moluscos y coral... Todo lo que hacen, lo venden a unos grandes almacenes llamados Miami Merchandises, que están en Widemer Boulevard... ¿Anotado todo, señor?

—Un momento... Vic está terminando... Vale. ¿Qué más?

—Les he colocado el cuento de que estamos buscando a Peter Marsh-Lengton, y han dicho que no saben nada de él, que no lo han visto desde hace dos días. Sin embargo, he visto un par de periódicos en un rincón que muy bien pudieran ser de hoy, de esta misma tarde... ¿Salió alguno de ellos?

—Vas bien, Milton. Salió una de las chicas, y, efectivamente, compró algunos periódicos.

—O sea, que ellos han leído la noticia. Es más, yo diría que han

comprado los periódicos exclusivamente para enterarse de si habían encontrado el cadáver y qué hace el FBI.

—Entonces, te han mentido descaradamente: saben muy bien que Peter Marsh-Lengton está muerto, y no han comentado esto contigo.

—Así es.

—Bien... A mí me parece todo bastante claro, Milton... ¿Cuál es tu conclusión final sobre esos muchachos?

—Ellos lo hicieron, señor. Su lancha se llama *Alma*, y ellos se han bautizado a sí mismos como Los Espirituales, pero no tengo la menor duda de que esos chicos asesinaron bestialmente anoche a Peter Marsh-Lengton. Mucha alma y mucho espíritu..., pero acuchillaron al muchacho.

Hubo unos segundos de silencio, durante los cuales, el osito de felpa escapó de las manos de la palidísima Daisy. Por fin, se oyó la voz de Gordon, tenue, un tanto tensa:

—De acuerdo, Milton. Vamos a por ellos. Les...

—No.

—¿Cómo?

—Insisto en que no hay que detenerlos todavía, señor.

—¿Y por qué no? Escucha, el caso es tuyo, pero todo tiene un límite...

—Quiero que ellos nos lleven hasta el octavo personaje del grupo. Han negado que exista, pero nosotros sabemos que sí existe, y lo hemos visto perfectamente en las fotografías. Quiero saber dónde está ese octavo personaje.

—Los otros nos lo dirán en cuanto les apretemos las clavijas.

—Quizá. Pero si hacemos eso, yo creo que es empezar por el final. ¿Qué perdemos dejándolos en la lancha esta noche? Que los sigan vigilando. Quizá uno de ellos vuelva a salir, y nos revele algo... Sólo veinticuatro horas más, señor. Si en ese tiempo no obtenemos mejores resultados, pasaremos a la acción directa.

—Todo esto no es más que una gran pérdida de tiempo, Milton.

—Lamento no estar de acuerdo con usted, señor.

Se oyó claramente el gruñido del inspector Gordon.

—Es que no entiendo bien adónde quieres ir a parar, Milt... Todo lo que nos falta es ese octavo personaje que tú dices. Muy bien: los atraparemos a los otros, y nos dirán dónde está y quién es.

—Suponiendo que lo sepan, señor.

—Mmm... ¿Qué quieres decir?

—Ese octavo personaje no forma parte del grupo. Tenemos, además, la teoría de que él escapó de allí, de la playa, herido, sangrando... Esto descarta toda posibilidad de que el octavo personaje les diga a The Spirituals dónde se halla. Sería tanto como decirles que fuesen a acabar

de matarlo, si no lo hicieron ya, cosa que no creo, ya que se habría encontrado su cadáver cerca de dónde encontramos el de Peter Marsh-Lengton. Ahora, tenemos a ese octavo personaje suelto. No es del grupo de The Spirituals. Entonces, preguntó: ¿de qué grupo es?

—¿Y por qué ha de ser de algún grupo?

—Está herido, podemos asegurarlo. Y por mi parte, estoy convencido de que alguien le está ayudando. Tiene que ser así, señor.

—Te estás complicando una labor sencilla, Milton.

—Seguramente. Pero un día más de complicar mi trabajo puede ahorrar muchos días de trabajo y complicaciones al FBI, a los tribunales, a la ley en general. Además, señor, esos muchachos, Los Espirituales, son... raros.

—¿Raros? ¿En qué sentido?

—Parecen muy buenos muchachos.

Ahora se oyó, muy fuerte, el resoplido de Gordon.

—¡Está bien, Milton, te voy a dar veinticuatro horas más! Pero eso será todo, ¿entiendes?

—Gracias, señor. ¿Se encargará de ordenar que busquen los posibles antecedentes de esos chicos, y si es verdad que venden sus... productos a esos grandes almacenes?

—Lo haré. Veinticuatro horas, Milt, ni un segundo más.

Cerró la tapa dejando oculto el radioteléfono, y miró a Daisy, que a su vez le estaba mirando fijamente.

—Gracias por toda su colaboración, señorita Marsh-Lengton. La llevaré a su casa, por fin. Yo... Bueno, comprendo que usted esté pensando que debería detener a The Spirituals ahora mismo, pero...

—No... No, señor Bermuda —susurró Daisy—. Tengo la seguridad de que no estoy en condiciones para discutir las decisiones de un agente del FBI.

—De nuevo gracias —susurró el *g-man*.

Y puso el coche en marcha.

Capítulo VII

CUANDO llegaron a la casa, les abrió la verja Arnold, el mayordomo de los Marsh-Lengton. Esperó a que entrase el coche de Milton, y se disponía a cerrar nuevamente cuando el *g-man* sacó la cabeza por la ventanilla, advirtiéndole:

—No es necesario que cierre, Arnold. Me iré enseguida. Sólo voy a dejar a la señorita en la casa y vuelvo. Yo mismo cerraré al salir.

—Bien, señor.

El mayordomo se dirigió a pie hacia la casa, mientras Bermuda y Daisy lo hacían en el coche. Milton lo detuvo ante la blanca columnata. Se volvió hacia Daisy, con gesto amable.

—Cualquier cosa que precise no dude en llamarnos, señorita Marsh-Lengton.

Ella asintió con la cabeza.

—¿No quiere entrar, señor Bermuda? Puedo ofrecerle café, o whisky, si lo desea...

Milton estuvo a punto de decir que no, pero pensó que por el momento no tenía cosa más fructífera que hacer, ya que The Spirituals estaban vigilados, y no disponía de otra pista. Además, tuvo la impresión de que Daisy temía quedarse sola. Ciertamente que estaban los criados, pero todos debían conocer... o habían conocido, mejor dicho, a Peter Marsh-Lengton, y aquélla no iba a ser una reunión animada, precisamente. Lo cual deprimiría aún más a la muchacha.

—Tomaré café con mucho gusto, señorita Marsh-Lengton.

Se apeó, dispuesto a abrirle la portezuela a la muchacha, pero ella salió al mismo tiempo por el otro lado. Subieron la breve escalinata, entraron, y esperaron a que llegase el mayordomo, al cual le pidió café Daisy. Arnold estaba muy apesadumbrado, y parecía tener deseos de preguntar algo, pero quizá la presencia del agente del FBI lo cohibió, y optó por retirarse en silencio.

—¿Le importa que lo tomemos en el estudio? —preguntó Daisy.

—Por supuesto que no.

Entraron, ella dio la luz, y señaló un sillón al *g-man*, que esperó a que se sentase Daisy. Se quedaron silenciosos, hasta que de pronto, ella preguntó:

—¿No puedo aún avisar a... a la funeraria, señor Bermuda?

—Por supuesto que sí. En cuanto al FBI se refiere, ya no precisamos... Bien... Hemos terminado, quiero decir. Por lo demás, no creo que encuentre usted ninguna clase de dificultades.

Quedaron de nuevo silenciosos, hasta el punto de que Milton comenzó a sentirse incómodo. En realidad, pensó, se estaba excediendo en sus atribuciones y trabajo; éste último, evidentemente, no consistía en consolar a los familiares de las víctimas. Sin embargo, sentía una muy grande atracción por Daisy Marsh-Lengton, y casi sentía en sí mismo el dolor de la muchacha. Muerto su hermano, ella quedaba dueña de toda la fortuna de sus fallecidos padres, pero, ciertamente, no tenía la menor duda de que Daisy habría preferido seguir peleando con su muy especial y bohemio hermanito, que fotografiaba moscas en un acto íntimo, telarañas, colillas y monedas de canto... Posiblemente, Peter Marsh-Lengton no había sido un genio de la fotografía, pero con su gran afición había colocado al FBI tras la pista de sus asesinos, cosa que no solían hacer las víctimas de asesinato. Decidió no pensar más en esto, y dirigió una mirada de interés a Daisy.

—Espero que siga usted escribiendo su libro sobre las flores del continente norteamericano, señorita Marsh-Lengton.

—Oh, si... ¿Le gustan a usted las flores, señor Bermuda?

—¿A mí? —casi respingó el *g-man*—. Bueno a decir verdad, nunca he sentido gran interés por ellas. Por las flores naturalmente.

—¿Por qué?

—Pues no sé... He dedicado mi atención a otras cosas. No es que considere mejor lo mío, entiéndalo, sólo que...

—Le entiendo. ¿Por qué siente usted interés? Quiero decir un interés especial.

—Por mi trabajo.

—Ah... Claro. Bueno —casi sonrió la muchacha—. Usted es un hombre agradable, señor Bermuda, pero no... Vamos, no parece usted ese clásico agente del FBI alto y atlético que aparece en la televisión y en las películas. Quiero decir...

—La comprendo muy bien —sonrió Milton—. Pero en el FBI hay de todo. Agentes como Tony Leopard, que parecen capaces de partir en dos un roble de un solo puñetazo, y agentes como yo, menos espectaculares. De todos modos, no sería bueno que alguien se confiase con respecto a mí —amplió un poco su sonrisa—, no soy buen enemigo se lo aseguro. Aunque prefiero usar ésta —se tocó la cabeza— en lugar de ésta —mostró su pistola en la funda axilar.

—No sabía que fuese armado...

—Norma de la casa, sobre todo cuando se investiga un delito en el que nos ocupa, en el que obviamente, han intervenido personas capaces de cualquier cosa. No es fácil que encuentre usted desarmado a un

agente federal, porque sabemos que estamos expuestos a represalias.

—¿A... represalias?

—No hace mucho, en Los Angeles, un hombre que había estado en prisión quince años, quiso matar al agente del FBI que lo detuvo. Le metió dos balas en el cuerpo, y si mi compañero no hubiese ido armado, a estas horas habría muerto.

—¿Y qué pasó?

—El muerto fue el otro. Pero como le digo, yo prefiero el sistema clásico de investigación del FBI: científico, taimado, pacienzudo. Se asombraría usted si supiera la de aparatos que tenemos en nuestros laboratorios. La mayoría de ellos son electrónicos. Hacen verdaderas maravillas. Aunque, claro, no dejan de ser auxiliares... Lo que vale en el FBI es lo que los agentes llevamos aquí dentro —volvió a tocarse la cabeza.

—Sí... ¿Y qué lleva usted ahí dentro, señor Bermuda?

—Sentido común, buenas enseñanzas, y un montón de libros de investigación policíaca, de medicina y de sicología criminal.

—Oh... Comprendo que no tenga sitio para las flores...

—Hay sitio para todo. Es sólo que yo me he dedicado a otras cosas. De todos modos, creo que lo más bonito sería que todos pudiéramos dedicarnos a estudiar las flores. ¿Usted las conoce todas?

—¡Claro que no! Pero estoy haciendo lo posible. Compró libros, me escribo con mis amigos de Canadá, de México, de varios puntos de Estados Unidos... Son aficionados a las flores, como yo, y...

El mayordomo apareció con el café, y, mientras lo tomaba, Daisy estuvo explicando cosas de flores, escuchada con gran interés por el *g-man*. Cuando éste miró su reloj, se dio cuenta de que había pasado más de media hora, y, satisfecho del buen resultado de su estancia allí, decidió marcharse. Realmente, Daisy Marsh-Lengton estaba mucho más animada, pero una sombra de tristeza pasó por sus ojos cuando él dijo que debía retirarse ya.

—Sí, comprendo —ella cerró el libro en el cual habían estado contemplando láminas de flores a todo color—. Y comprendo lo que ha estado haciendo por mí, Milton. Aprecio mucho su bondad y delicadeza.

Milton Bermuda carraspeó.

—Bien... Veremos si mi jefe sabe algo más para mí. Buenas noches, señorita Marsh-Lengton.

—Le acompañaré a la puerta.

—No es neces...

—Quiero hacerlo.

Se tomó de su brazo, con toda naturalidad, y ambos salieron del estudio de la muchacha. Ya ante la puerta, ella le tendió la mano, y mientras la estrechaba, Bermuda pensó que le habría gustado quedarse

allí y seguir charlando de flores. En el fondo, comprendió que se sentía mortificado por haber conocido a Daisy Marsh-Lengton en aquellas circunstancias.

—Adiós, señorita Marsh-Lengton.

—Hasta la vista, Milton.

Un poco azorado, el *g-man* abrió la gran puerta blanca, y salió al elevado pórtico. Comenzó a descender los blancos peldaños, sabiendo que Daisy continuaba en la puerta, mirándole. Si la próxima vez que se veían, ella volvía a llamarlo «Milton» en lugar de «señor Bermuda», él la llamaría «Daisy», y en paz. Porque en lo que a él concernía, las flores de Daisy...

Oyó el chasquido encima de su cabeza, y sus cabellos se agitaron bruscamente. En el acto, detrás, en la madera de la puerta, oyó el fuerte impacto, y el seco crujido, seguido del grito de Daisy, que quedó un instante vibrando en tono de espanto.

—¡Al suelo! —gritó Bermuda—. ¡Tírese al suelo...!

Por su parte, captando intuitivamente lo peligroso de su situación en los escalones, se tiró hacia delante, en un salto largo, agilísimo, pero no tanto que le permitiera llegar junto a su coche. Estaba rebotando sobre sus flexibles piernas cuando junto a él chascó otra bala, alzando un puñado de la gravilla del jardín, sonoramente... En su rebote, giró una vez en el aire, cayó de manos y pies, como un gato, y acabó de estirarse, ladeándose para sacar su pistola.

La tenía ya en la mano cuando de los arbustos del jardín brotaron ahora simultáneamente dos fogonazos. Una de las balas rebotó a menos de dos palmos de su rostro, lanzándole un puñado de guijarros con fuerza terrible; la otra bala pasó por encima de su cabeza, tan pegada a la espalda que finalmente dio el tacón de su zapato derecho, y se lo arrancó, con fuerte sacudida.

Giró un par de veces, buscando la protección de su auto, y, aún no se había detenido, cuando apretó el gatillo de su pistola hacia el lugar del jardín desde donde le disparaban con pistolas provistas de silenciador. La suya no lo llevaba, y los tres rapidísimos disparos que efectuó resonaron secamente.

¡Pack, pack, pack...!

Oyó nítidamente el grito de dolor entre los arbustos, acabó de rodar hasta quedar por fin protegido tras su coche, y, en el acto, se volvió hacia la escalinata, ansiosamente. No vio a la muchacha, de modo que comprendió que ella había seguido sus instrucciones.

—¡Daisy! —gritó—. ¡No se mueva de ahí! ¡No intente entrar en la casa!

¡Doiiinnngggg...!

Otra bala rebotó junto a él, y se elevó con vibrante teñido metálico.

Respingó al comprender que le estaban disparando a ras de suelo, es decir, que las balas podían alcanzarle, y se puso en pie de un salto, protegiéndose ahora de lleno con el coche, y con las ruedas traseras. Otras dos balas rebotaron, ahora en el coche, que vibró fuertemente al mismo tiempo que el cristal izquierdo de la puerta de atrás saltaba en miles de añicos brillantes. Por entre ellos, como un juego de fuegos artificiales, vio, entre los arbustos, el resplandor de los dos disparos, y se asomó velozmente, disparando hacia allí.

¡Pack, pack...!

Volvió a protegerse tras el coche, encogiéndose, esperando la réplica, pero ésta no se produjo. Durante unos segundos, permaneció inmóvil; por fin, se decidió a acechar a través de uno de los cristales, hacia los arbustos. Estaba calculando la conveniencia de pasar al ataque aun a riesgo de abandonar la protección del coche, cuando, al moverse para ampliar su campo de visión, vio la sombra que aparecía de entre los arbustos más cercanos a la abierta verja de la quinta, corriendo hacia la salida.

Sin vacilar, el *g-man* se apartó un poco del coche, irguiéndose, y apuntó hacia aquella sombra que corría.

—¡Alto! —gritó—. ¡Deténgase!

Pero ya sabía que aquel hombre no iba a detenerse, de modo que aún le estaba conminando a que lo hiciera cuando volvió a apretar el gatillo de su pistola. Vio perfectamente cómo el hombre brincaba bruscamente, y luego seguía su marcha, ahora más incierta, como a trompicones... Pero consiguió salir de la quinta, escapando al siguiente disparo del *g-man*, que se lanzó en su persecución a toda velocidad. Se detuvo en seco al llegar a la verja, y asomó cautamente la cabeza. Lanzó un gruñido de disgusto, acabó de salir, alzó la mano armada..., pero el coche estaba ya fuera de su alcance, alejándose a toda velocidad.

Regresó a toda prisa en busca del suyo, cojeando debido a la falta de tacón de su zapato derecho. Pero, disgustado consigo mismo, comprendió que la persecución era inútil: ni siquiera sabía cuál era la marca o el color exacto del coche en el que huía su desconocido agresor. Aunque... estaba seguro de que habían sido dos, de modo que...

Encontró al otro enseguida, tendido cara al cielo entre unos arbustos. Le cogió una muñeca, e instantáneamente supo que estaba muerto. Fue al auto, y estaba sacando la linterna cuando vio a Daisy, al mayordomo, y a dos criadas, en el pórtico. Ya no importaba, el peligro inmediato no existía.

Volvió junto al cadáver, y le iluminó el rostro. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de grandes melenas, barbudo... Aún tenía los ojos abiertos, y Milton vio en su pecho las manchas de dos de sus tres primeras balas disparadas. Para ser un *g-man* que prefería usar la cabeza, no podía dudarse de que la pistola tampoco se le daba mal,

precisamente.

Estaba buscando en los bolsillos del desconocido cuando oyó el rumor tras él, y se volvió a toda prisa, lanzando la luz de la linterna de lleno sobre Daisy Marsh-Lengton.

—¿Está... está bien, Milton...? —tartamudeó ella.

—Sí.

Estaba empezando a oír la sirena policíaca, acercándose, cuando Daisy explicó:

—Arnold llamó a la policía mientras usted... disparaba...

—Está bien. Es mejor que se retire, Daisy: éste no es un espectáculo agradable.

—¿Qui... quién es...?

—Aún no lo sé. Por favor, vuelva a la casa.

Daisy obedeció, y el *g-man* sacó la billetera del hombre muerto, donde encontró lo que le interesaba: se llamaba John Cash, y no había nada más que pudiera parecer interesarte. Colocó la billetera de nuevo en el bolsillo del tal Cash, y regresó hacia su coche. En aquel momento entraba el de la policía, que se detenía junto al suyo cuando ya salía de él con la cámara fotográfica «Polaroid» en una mano. Bermuda ni siquiera dio tiempo a hablar al policía que se acercó a él presurosamente: exhibió su credencial del FBI, iluminándola con la linterna, y luego señaló hacia los arbustos.

—Venga conmigo, oficial.

—Sí, señor... ¿Qué ha ocurrido?

—En teoría intentaron matarme a mí; aunque también es posible que quisieran matar a la señorita Marsh-Lengton, dueña de esta casa. Hay un hombre muerto ahí.

El otro oficial de la policía se reunió con ellos en los arbustos, y a la luz de la linterna vio la pistola caída en el suelo. La señaló.

—Cuidado, no la pisen. ¿Qué ocurre, Ralph?

—No sé. Él es agente del FBI. Esperemos a ver qué decide.

—Uno de ustedes que incorpore a este hombre —dijo Bermuda—. El otro, que sostenga la linterna, iluminándole de lleno el rostro.

—Muy bien.

Se cumplió lo ordenado por el *g-man*, y éste tomó una fotografía del rostro de John Cash. Esperó diez segundos, retiró la placa y aprobó con entusiasmo al ver ya revelada la fotografía.

—Estupendo. Ahora, ustedes van a ocuparse de esto según costumbre. No tienen que dar explicaciones a nadie, pero si fuese inevitable por cualquier motivo, la versión es que han atentado contra la vida de la señorita Marsh-Lengton y contra un detective privado llamado Milton Bermuda que estaba con ella. ¿Alguna duda?

—No, señor.

—De acuerdo entonces. Mi jefe se pondrá en contacto con ustedes, y se harán las aclaraciones pertinentes. Yo voy a marcharme, pero antes voy a convencer a la señorita Marsh-Lengton para que se vaya con ustedes.

—¿Con nosotros? ¿Adónde?

—Al Police Departament, naturalmente. Quiero que esté bien protegida. Por supuesto, será libre de hacer llamadas telefónicas. Se trata sólo de protegerla, no de detenerla.

—Sí, señor. Lo hemos entendido muy bien.

—Gracias. Hasta luego.

* * *

Milton se reunió con la muchacha, que esperaba con los criados junto al auto del federal. La tomó de un brazo, y la apartó ligeramente de allí.

—Me sorprendería mucho que esa gente se hubiera atrevido a atacar a un agente del

FBI, Daisy. Por tanto, deduzco que están convencidos de que soy un detective privado, y creo que debemos mantenerlos en el engaño. Vaya a la casa para recoger lo que necesite para pasar la noche fuera, y advierta a sus criados, especialmente a Arnold, de que Milton Bermuda es un detective privado solamente.

—Sí... Pero yo no... ¿Dice que tengo que pasar la noche fuera de casa?

—Bueno... Siempre es mejor que ser invitada del Police Departament que de la

Morgue, Daisy.

La muchacha palideció, y Bermuda se maldijo a sí mismo por la rudeza de sus palabras. Ella fue a reunirse con los criados, y subieron todos la escalinata. Milton entró en su coche, y recurrió una vez más al radioteléfono, pidiendo comunicación con el inspector— jefe Gordon. Puso a éste al corriente de lo sucedido, y acabó con estas palabras:

—Con su permiso, señor, voy a continuar siendo mientras convenga el detective privado Milton Bermuda.

—¿Estás loco? —masculló Gordon—. ¡Volverán a intentar matarte! ¡No!

—Exacto. Lo cual significa que estoy tras una pista buena.

—¡Pero qué pista buena ni qué narices, maldita sea, hombre! ¿Acaso no tenemos ya una pista inmejorable?

—Creo que existe otra mejor, señor. Dígame: ¿Han salido de la lancha *Soul* esos dulces muchachos llamados The Spirituals?

—No. Pero escucha esto: todas las lanchas llevan radio, y muchas,

radioteléfono. Han podido avisar a alguien para que te eliminara.

—Francamente, señor, no se me ha ocurrido relacionar a dos pistoleros profesionales con esos siete jovencitos. En mi opinión, los dos hombres que me han atacado pertenecen al otro grupo, al del octavo personaje. ¿Y sabe cómo han podido buscarme, seguirme y finalmente atacarme?

—Bueno, muchacho —replicó Gordon, con áspera sorna—, no creo ser ningún tonto. Está claro que esos dos hombres estaban vigilando a The Spirituals, os vieron entrar y salir de la lancha, os han seguido hasta la casa de la señorita Marsh-Lengton, y está clarísimo que han considerado conveniente eliminarlos.

—Exacto, señor. Y desde luego, ya sabía que usted no es precisamente un tonto. Un tonto no dirige una Delegación del FBI. Ahora, dígame una cosa: ¿por qué estaban vigilando esos dos hombres a los chicos de la lancha?

—No sé. Pero supongo que sus intenciones no son buenas. Si su actitud fuera amistosa, habrían ido a la lancha a charlar con los muchachos; posiblemente, antes de que tú hicieras aparición.

—Otra vez exacto, señor. Yo tampoco creo que esos hombres, que forman parte del grupo del octavo personaje, tengan buenas intenciones respecto a The Spirituals. Y ahora... ¿no le parece que el asunto está tomando un cariz interesante, con doble vertiente, que requiere el tacto sutil e inimitable del FBI?

—Vaya... Parece que estás de buen humor, ¿verdad?

—Es que todo esto ha probado que yo no andaba desencaminado, señor. Y mi buen humor se debe a la comprobación de que no he perdido el tiempo metiéndome en la cabeza libros de psicología y criminología.

—De acuerdo —suspiró Gordon—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Pensar y cambiarme de zapatos. ¿Y usted?

El inspector Gordon no tuvo más remedio que soltar una risita.

—Me ocuparé de ese John Cash, a ver si está fichado y cosas por el estilo. Milt, ten cuidado. Este caso aparece ahora más complicado y peligroso de lo que parecía.

—Le agradezco que al fin lo reconozca, señor. Volveré a llamarle cuando tenga algo que decirle. Buenas noches.

—Hasta luego, Milton.

El *g-man* salió del coche, encendió un cigarrillo, y estuvo esperando hasta que Daisy apareció con un pequeño maletín. Milton la tomó del brazo, y la llevó hasta el coche policial, donde la dejó sentada en el asiento de atrás.

—Mi jefe irá a verla pronto, Daisy. Cualquier cosa que precise, él se la proporcionará.

—¿Y usted?

—Aún no sé... Tengo que pensar. Ya nos veremos..., espero.

El auténtico impulso de Milton Bermuda en aquel momento fue despedirse de la muchacha con un beso, y esto casi le hizo respingar. Después pensó que todo lo que tenía derecho a hacer era estrecharle la mano. Finalmente, tras vacilar, sin haber hecho ni una cosa ni otra, se fue a su coche, profundamente malhumorado.

Capítulo VIII

SE había duchado, y ahora estaba vestido únicamente con el corto albornoz, sentado en un sillón del *living*, fumando, mirando pensativamente el gran cartelón sobre el cual había escrito la palabra *Spirituals*; otro círculo con el nombre de Peter Marsh-Lengton; otro círculo, con la gallinita de plástico pintada con trazos ingenuos; otro círculo, donde se veían las cabezas de dos hombres, también pintadas de un modo infantil; otro círculo, en el cual había escrito «8.º hombre»; otro círculo, donde se leía una cifra; la de \$20.000; otro círculo, con las letras LSD; y un último círculo, donde figuraba el nombre de Daisy.

Muchos círculos y muchos factores eran aquellos, pero, de un modo u otro, tenían que encajar; era inevitable que hubiese un factor común. Sin embargo, por el momento, el problema no podía ser más difícil. Ciertó; podía ir a la lancha, detener a los siete jóvenes y hacerles confesar. Pero, por supuesto, sólo confesarían lo que sabían. No más. Y si los detenían, cosa que ahora convenía menos que nunca, los personajes del otro grupo desaparecerían de escena, como había desaparecido el octavo personaje.

La cosa estaba clara en cuanto a quién o quiénes habían asesinado a Peter Marsh-Lengton: habían sido *The Spirituals*. Pero... ¿por qué? ¿Quién era el octavo personaje? ¿Por qué había sido atacado también y dónde estaba? ¿Perteneía al grupo de los dos hombres que habían querido matarlo a él en la quinta de Daisy?

Refunfuñando, el *g-man* tomó la gallina de sobre la mesa, y la colocó de pie en el suelo.

—«Co-co-co-co-co-co...».

La gallina puso sus tres huevos de azúcar, se estuvo paseando emitiendo su cacareo, y cuando se le terminó la cuerda, se detuvo. Lógico y normal. Ahora, ¿qué significaba una gallina de juguete que ponía huevos en una fiesta de jóvenes que consumen LSD?

El timbrazo del teléfono hizo saltar del sillón al meditabundo agente del FBI, que lanzó el cigarrillo al aire y tuvo que recogerlo al vuelo, quemándose. De pésimo humor porque había tantos círculos para encadenar, fue al teléfono y atendió la llamada.

—¿Sí?

—¿Señor Bermuda? —preguntó una voz femenina.

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Usted no me conoce, señor Bermuda. Pero le interesará hablar conmigo.

—Me parece bien. ¿Sobre qué hablaremos?

—Sobre Peter Marsh-Lengton.

El *g-man* entornó los ojos. Su malhumor desapareció en el acto.

—De acuerdo —musitó—. ¿Dónde nos vemos?

—Espere, espere, señor Bermuda. Antes quiero aclarar algunos puntos. El más importante de ellos, es que usted no me mezclará en este asunto una vez le haya facilitado cierta información. ¿Acepta?

—Desde luego. A menos que usted tenga algo que ver en el asesinato de ese muchacho, señorita..., señorita...

—Mi nombre no importa ahora —rió ella—. Y le aseguro que no he tenido nada que ver con la muerte del muchacho. Pasemos ahora al segundo punto interesante: necesitaré dinero para marcharme de Miami en cuanto le haya dicho lo que sé.

—¿Cuánto?

—¿Le parece mucho diez mil dólares?

—Depende de su información. Nada es mucho si vale la pena. Pero le advierto que no tengo ahora semejante cantidad en mi apartamento.

—Veo que juega usted limpio, señor Bermuda. Pero arreglaremos eso con buena voluntad por ambas partes.

—No lo dudo. ¿Dónde la encuentro?

—¿Está solo en su apartamento?

—Sí.

—Voy a subir. Estoy cerca de ahí, señor Bermuda. ¿Hay portero en el edificio?

—Sí, pero es tarde ya y se ha retirado. Puede llamar desde abajo, y yo le abriré la puerta desde mi apartamento; hay mandos eléctricos. Si lo que desea es no ser vista por nadie, cuente con ello.

—Es usted muy sagaz. Estaré ahí dentro de diez minutos.

—Muy bien. Verá el número de mi apartamento en el portal. Llame por el teléfono interior y le abriré.

—De acuerdo. Hasta ahora.

La dama colgó y Bermuda también lo hizo, lentamente, con la mirada fija en el teléfono, pensativo. La primera idea que tuvo fue poner al corriente de la novedad a su jefe, pero la desechó enseguida. Cierto que aquello podía ser una trampa, pero si sólo subía una mujer, encontraría pocas dificultades para perjudicarlo. Se fue al dormitorio, se vistió, incluyendo en su indumentaria la funda sobaquera, echó un vistazo rutinario a la pistola, que hacía poco había limpiado y recargado, y miró su reloj de pulsera. Habían pasado siete minutos.

Volvió al *living*, escondió el cartelón lleno de círculos rojos, y la gallina ponedora, y volvió a mirar su reloj.

Rápidamente, se fue al dormitorio que no utilizaba, y, sin encender la luz, se apostó ante la ventana, mirando hacia la calle. De pronto, la abrió, sólo lo justo para sacar la cabeza. Un minuto más tarde, veía aparecer el auto, grande, silencioso, que se detuvo cerca de la esquina. Vio apear a una mujer. Luego, tras mirar a ambos lados de la calle, ella la cruzó, directa hacia el edificio donde el *g-man* tenía su apartamento. Milton estuvo todavía unos segundos mirando el coche, cuyas luces habían sido apagadas antes de salir de él la mujer. Oyó de nuevo el timbre del teléfono, y acudió a toda prisa.

—¿Sí?

—Estoy esperando, señor Bermuda.

—Le abro enseguida.

Fue a la puerta, apretó el botón que abría la puerta de la portería desde allí y se quedó junto a la puerta, esperando, oyendo el suave zumbido del ascensor cada vez más cerca. Por fin, el chasquido de la detención en su piso; ruido suavísimo de la puerta automática, un nuevo chasquido, y el ascensor inició el descenso.

No esperó que sonara el timbre. Abrió la puerta, apartándose a un lado, de modo que no se le podía ver desde el pasillo.

—Tenga la bondad de pasar —musitó.

Se oyó el leve taconeo, y la rubia apareció en el apartamento, mirando desconcertada a todos lados. Sonrió al ver a Milton junto a la puerta, mirándola fijamente.

—Es usted muy precavido —musitó—, pero no hay motivos, señor Bermuda.

El *g-man* la miró de arriba abajo, mientras cerraba la puerta, siempre fuera de la posible línea de tiro desde el pasillo. Ella amplió su sonrisa y le tendió el bolsito al federal.

—No llevo armas —casi rió—. Puede comprobarlo incluso registrándome, si lo desea.

Era muy bonita. Rubia, de ojos azules, piel dorada por el sol, esbelta pero de formas muy bien definidas y bellas. Debía tener ya no menos de veintiocho o treinta años, o sea que, según los entendidos, empezaba a estar en el punto perfecto de la mujer.

Milton tomó el bolsito, lo abrió, y le echó un vistazo. Se lo devolvió, sonriendo.

—Espero que me perdone —murmuró—. En mi profesión hay que desconfiar siempre de todo.

—Lo entiendo.

—Gracias. Pase, por favor... ¿Quiere tomar algo?

—No. Me gustaría ir directa al asunto, señor Bermuda.

—Como guste —llegaron al *living*, y Milton señaló un sillón—. Siéntese.

—¿No va a registrarme?

—No parece necesario. Pero le haré una pregunta: ¿cómo me encontró?

—Su nombre figura en el directorio telefónico. ¿O no?

—Inevitablemente, ya que no es número privado, sino normal. Pero... ¿de dónde sacó usted mi nombre? ¿En qué se ha basado para relacionarme con este asunto?

Ella se había sentado, mostrando sus bellísimas piernas... a las que el *g-man* no hizo el menor caso.

—¿Usted quiere saber esos pequeños detalles, señor Bermuda, o prefiere que hablemos de Peter Marsh-Lengton?

—Me parece que por el momento debo interesarme más por Peter Marsh-Lengton. Bien, ¿qué es lo que usted tiene que decirme sobre él?

—¿Y los diez mil dólares?

—Ah, sí... Puedo darle un cheque por esa cantidad, que podrá usted cobrar en cualquier sitio. Le aseguro que no será un cheque sin fondos.

—También necesitaré, y ahora, algo de efectivo, señor Bermuda.

—Si no necesita más de trescientos dólares, no hay problema.

—Muy bien. Ahora, hablemos con claridad. Usted está buscando a Percy, ¿no es así?

—¿Percy? ¿Quién es Percy?

—El amigo de Peter Marsh-Lengton.

—Bien... Sí, es posible que yo busque a ese Percy, señorita.

—Dígame, señor Bermuda: ¿cómo ha sabido usted que existe el tal Percy?

El *g-man* sonrió divertido.

—Me parece que soy yo quien tendría que hacerle esa y otras muchas preguntas a usted, señorita. ¿No cree?

—Creo que tiene razón —rió ella; abrió el bolsito, bajo la atentísima mirada del federal, pero sólo sacó una pequeña libreta de notas—. Tengo aquí anotada la dirección donde está ahora ese Percy, señor Bermuda. Si usted lo encuentra a él, lo sabrá todo. ¿De acuerdo?

—Espero que sí —musitó Milton—. ¿Qué dirección es ésa?

La preciosa rubia dio la vuelta a la libretita de notas y la sostuvo en la mano izquierda un tanto encogido el brazo, como dispuesta a retirarlo si la actitud de Bermuda no le gustaba. El *g-man* captó perfectamente el gesto de desconfianza, sonrió y se colocó las manos a la espalda, acercándose e inclinándose para leer en la libreta la dirección que le interesaba.

—Espero que sea verdadera la dir...

Sus palabras se convirtieron en un respingo de espanto al ver, de pronto, aquel brillo acerado por debajo de su vientre, ascendiendo hacia su barbilla. Se enderezó tan bruscamente que perdió el equilibrio hacia atrás y cayó de espaldas ante los pies de la rubia, que sin perder un instante se abalanzó sobre él, de lleno, barbotando palabras furiosas y lanzando otro golpe con el agudísimo estilete en que se había convertido una de las piezas metálicas del cierre del bolsito. De nuevo la aguda punta buscó la garganta del *g-man*, que, tendido sobre su espalda, y con aquella fiera encima, todo lo que pudo hacer fue contorsionarse hacia un lado, empujando con el vientre a la mujer, ladeándola de tal suerte que el estilete sólo rozó el hombro derecho del agente del FBI y rechinó contra el mosaico. Y eso fue todo.

Con la reacción lógica de quien ha sido bien entrenado, el federal sacó inmediatamente partido de su situación: su brazo izquierdo, libre del peso de la rubia, trazó un veloz arco en el aire, y el puño fue a dar duramente en el mentón de la furiosa asesina, chascando con fuerza. Fue un puñetazo tremendo, que hizo vibrar la cabeza de la mujer como si fuese un *punching-ball*, fulminándola instantáneamente, desvanecida sobre Milton Bermuda, que se apresuró a separarse de tan peligrosa compañía. La hizo rodar a un lado, se puso en pie, todavía demudado el rostro, y se quedó mirando el estilete, desorbitados los ojos. Por fin, lo recogió. Recogió también el bolsito e introdujo el estilete en la ranura que servía de funda en la pieza metálica.

—Demonios —jadeó.

Recogió la libretita, la abrió y masculló algo cuando comprobó que no había allí ninguna dirección. Sólo algunas fechas, y nombres de lugares, todos ellos de la costa. Dejó caer la libretita y se quedó mirando reflexivamente a la rubia. Por fin, fue a buscar la «Polaroid» colocó a la mujer cara al techo y le tomó una fotografía sonriendo secamente. Dejó la cámara sobre un sillón, fue al dormitorio, y del armario sacó una caja metálica, de la cual extrajo un pequeño objeto metálico que tenía un corto rabito. Regresó al *living*, introdujo aquel pequeño objeto en un pliegue del fondo del bolsito, y dejó éste de nuevo en el suelo. Luego arrancó la placa de la «Polaroid» y se quedó mirando la fotografía tan velozmente revelada.

—Perfecto —musitó.

Colocó la fotografía en su billetera, guardó la «Polaroid», sacó el estilete de su funda metálica y lo dejó en el suelo, y echó un vistazo al escenario. Sí, perfecto.

Luego, fue a la cocina, abrió la ventana y salió de la pequeña plataforma de la escalera de incendios. Descendió por ella hasta el patio interior, llegó al fondo de la fachada del garaje donde encerraba su coche, se encaramó hasta una ventana, y saltó dentro del garaje. Poco después, ante la atónita mirada del vigilante de noche, aparecía en la

gran entrada, dispuesto a salir a la calle.

—Buenas noches, Ernest.

—Buenas noches, señor Bermuda. No sabía que estuviera dentro...

—Olvidé una cosa en el coche y he venido a por ella.

—Sí, sí, claro.

—Adiós.

—Adiós, señor Bermuda.

Olvidó al estupefacto vigilante, salió a la calle, se acercó a la esquina, y se asomó con todo cuidado. Vio el coche todavía detenido en el sitio donde se había apeado la rubia, y no tardó en distinguir dentro la silueta de un hombre.

Sin vacilar un momento, Milton Bermuda retrocedió dos pasos y luego volvió hacia delante, caminando con toda naturalidad, apareciendo por la esquina como un viandante cualquiera. Cruzó la calle, caminó por la otra acera acercándose al coche paralelamente, y cuando estaba a un par de yardas sacó su pistola, saltó hacia la portezuela, la abrió de un tirón y se inclinó con la pistola por delante. El hombre que ocupaba el asiento contiguo al volante respingó fuertemente y quedó mirándolo con expresión desorbitada.

—Salga —sonrió secamente Bermuda—. Por esta parte, no por la de la calzada. Vamos.

El hombre tardó todavía un par de segundos en reaccionar, en comprender la sencilla y al mismo tiempo habilísima jugada del federal. Comenzó a desplazarse en el asiento, y cuando Milton retrocedió un paso para permitirle la salida, el hombre se echó bruscamente hacia el otro lado, dio con el codo en la manilla, abriendo la puerta y desoyendo la advertencia del *g-man*, que efectuó un disparo de aviso; el disparo pasó por encima de la cabeza del sujeto, y resonó fuertemente en la tranquila calle, enviando ecos hacia todos lados.

Milton rodeó rápidamente el vehículo, vio al hombre poniéndose en pie y metiendo la mano diestra en el sobaco, y lanzó su nueva advertencia:

—¡Quietos! ¡No me obligue a...!

El hombre no estaba dispuesto a escuchar las muy buenas razones del federal, y sí en cambio a plantarle cara. Sacó su pistola al fin, y disparó cuando Bermuda se encogía tras el morro del coche.

¡Plop... plop... plop...!

Las balas rebotaron en la carrocería, arrancando la cubierta de pintura en pequeños fragmentos, mientras algunas ventanas comenzaban a iluminarse, y se oían voces excitadas. Milton Bermuda se tiró al suelo y pasó al otro lado del coche, furioso más consigo mismo que con su enemigo.

—¡No quiero matarlo! —gritó—. ¡Tire su pistola al suelo!

El hombre efectuó una maniobra que puso de punta los pelos del agente del FBI: en lugar de intentar alejarse de allí o de parapetarse a su vez tras el coche, se metió dentro de éste por la portezuela que había utilizado para salir, tirándose sobre el asiento, de modo que su rostro quedó pistola por delante, a menos de tres pies del de Milton Bermuda, que instintivamente alzó la mano y apretó el gatillo.

¡Pack!

El rostro del desconocido pareció oscurecerse, quedar oculto como detrás de una nube oscura..., que no era más que la sangre que brotó en sorprendente abundancia por el orificio que hizo la bala disparada por el *g-man* al mismo tiempo que saltaba hacia un lado para evitar la que pudiera disparar el otro. Pero el otro no disparó ya más. Quedó caído de bruces en el asiento delantero, a todo lo largo, con la barbilla apoyada en el tapizado.

Cuando Milton se incorporó y miró hacia allí, lo vio con los ojos abiertos, la mano armada colgando hacia los pedazos de los mandos y el rostro chorreando sangre.

Naturalmente, se oían silbatos policiales, y no cabía la menor duda de que no tardaría mucho en aparecer un coche patrulla.

Capítulo IX

EL inspector-jefe Gordon se apartó de la ventana, ante la cual había estado escuchando a su agente Bermuda mientras contemplaba la actividad de la policía en la calle, ya de retirada.

—Muy bien —dijo, mirando hoscamente al *g-man*—. En definitiva sabemos que han intentado matarte dos veces y que la tercera tú mismo te metiste en la boca del lobo. Ya sé que eres un poco novato en estas cosas, pero estoy seguro de que en Quantico te enseñaron que esta clase de gente no se anda con miramientos. Por otra parte..., ¿de qué sonríes ahora?

—Es mi primera reprimenda, señor.

—¿Te hace gracia?

—No demasiada. Es que no la merezco... del todo. Usted sólo ha escuchado la parte mala, señor. También ha habido una buena. Mejor dicho, tres partes buenas.

Gordon abrió la boca, pero en aquel momento sonó el timbre en la puerta del apartamento de Milton, y éste fue a abrir. Regresó con su compañero Vic, que miró a Gordon y señaló hacia la calle.

—Todo arreglado, señor.

—Bien, Vic —el inspector se encaró con Milton—. ¿Qué tres partes buenas son ésas en todo lo que ha sucedido? Te escucho.

Bermuda ofreció cigarrillos, pero sólo Vic aceptó. Cuando los dos lo hubieron encendido, echó una bocanada de humo hacia el techo, pensativo. De pronto, empezó:

—Primera parte buena: la mujer rubia que quiso matarme no se ha escapado de este apartamento por un fallo mío, sino porque yo así lo preparé. Sabía que ella iba a recuperar el conocimiento mientras yo estaba fuera de aquí, y la dejé en libertad de movimientos. Motivos: le había colocado un *magic-ear* en su bolsito, y ahora sólo tenemos que poner en marcha algunos receptores con esa onda y esperar que ella hable con alguien. Oiremos su voz, y podremos localizarla. Usted dirá que me he vuelto a complicar la vida, pero yo no lo pienso así, porque si la hubiéramos detenido, quizá mientras la interrogábamos, los demás de su grupo, alarmados, habrían escapado. Ahora, ella ha vuelto con ellos y permanecerán en el mismo sitio. Evidentemente, ese grupo es el mismo que está cuidando a nuestro octavo personaje, al que vamos a llamar

Percy a secas por ahora. Es decir, que cuando encontremos a la rubia, encontraremos a los demás de su grupo, incluido Percy, por supuesto.

—Mi madre —sonrió Vic.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa, Milt? —farfulló el inspector—. Esos «oídos— mágicos» tienen el alcance de un cuarto de milla solamente. Tendremos que movilizar varios coches con receptores por toda la ciudad y alrededores, esperando a que esa rubia hable.

—Pero cuando ella lo haga, sabremos que estará a menos de un cuarto de milla del coche que reciba la señal, o sea, su voz. Sin embargo, creo que esto vamos a poder simplificarlo con la segunda parte buena, así que pasemos a ella: Después de decirle al oficial del coche patrulla que le avisara a usted en el Police Departament, donde suponía que todavía debía estar, subí aquí, llamé por teléfono a la Special-Rent-A-Car, que es la casa propietaria del coche en el que llegó la rubia con su amigo, y sin duda el mismo auto con el que su amigo, herido en una pierna, escapó de la quinta de la señorita Marsh-Lengton. Le dije que era del FBI, y que quería saber quién había alquilado el coche matrícula tal y tal, o sea, la del coche que tenemos abajo. La respuesta fue que el auto lo había alquilado un caballero llamado Percival Loomis...

—¡Ese es Percy! —exclamó Vic.

—Cállate —gruñó Gordon—. ¿Y bien, Milt?

—Pues eso: que el tal Percival Loomis, evidentemente, es nuestro octavo hombre, o sea, Percy, el hombre que mencionó la rubia para tenerme bien atontado en la trampa. Le pregunté al empleado de la Special-Rent-A-Car si sabían el domicilio del señor Loomis, y me dijeron que sí: Venus Motel, en Arch Creek Drive, North Miami.

—¡Mi madre! —exclamó ahora Vic.

Gordon entornó los ojos.

—¿Estás sugiriendo que esa rubia está ahora en el Venus Motel, con el tal Percival Loomis? —susurró.

—¿Por qué no? Sólo tenemos que ir a allá y cerciorarnos, señor.

—De acuerdo. ¿Qué estamos esperando?

—Pues... mi tercera parte buena. Vea: esto estaba dentro del coche que la rubia, el tal John Cash y el último, llamado Will Regan, estaban utilizando como base de operaciones. ¿Qué diría usted que es esto, señor?

Colocó sobre la mesita de centro el objeto que hasta entonces había estado oculto bajo un periódico. Vic y el inspector Gordon se miraron.

—Un receptor-grabador, naturalmente —musitó Gordon.

—¿Y estaba en el coche de esa gente? —se extrañó Vic.

—Así es. No somos los únicos en saber utilizar cosas de éstas, según parece. Pero, además, este aparato demuestra que esa gente está muy bien organizada. Me refiero al grupo al que pertenecen la rubia, los dos

tipos que he matado, y nuestro fantasmal Percy. He aquí lo que yo creo que ocurrió: Percy estuvo, no sé cuándo, en la lancha de The Spirituals, seguramente con Peter Marsh-Lengton. Y durante su estancia allí, dejó escondido en algún lugar su micrófono, de modo que todo lo que se hablase en la lancha llegase a conocimiento de su grupo de amigos. Los cuales estaban en el Municipal Dock, vigilando a los melenudos Spirituals. Y por eso no sólo nos vieron a la señorita Marsh-Lengton y a mí entrar y salir de la lancha, sino que, merced a este aparato, supieron lo que habíamos hablado The Spirituals y Daisy y yo. Comprendieron que yo estaba sobre una pista molesta y creyendo que yo era un detective privado solamente, decidieron eliminarme antes de que siguiera con las pesquisas; así que nos siguieron hasta la quinta de Daisy, nos dejaron entrar en la casa, se escondieron en el jardín, y cuando yo salí, me atacaron.

—Ya sabemos esa parte. Y hasta aquí parece lógico. ¿Qué más?

—Bien. He recordado que, al mismo tiempo que entregaba una de mis tarjetas particulares a Didi Kelley, yo mismo mencioné mi dirección, de modo que la rubia y los dos tipos la oyeron; así que, cuando falló lo del ataque en el jardín de la quinta y escaparon, decidieron volver a la carga, y entonces la rubia preparó lo de venir a mi apartamento para liquidarme aquí. Ahora, resumamos estas tres partes buenas: la rubia lleva consigo un «oído-mágico» que la delatará esté donde esté; pero, además, podemos suponer que está en el Venus Motel, de modo que iremos allá a buscarla. Pero además, por último, escuche usted esto, señor. Con lo que va a oír, comprenderá que The Spirituals se han puesto ellos solitos la cuerda al cuello. ¿Listo, señor?

—Adelante.

Milton Bermuda se inclinó sobre el pequeño receptor-grabador a pilas, se aseguró de que los carretes con las cintas estaban colocados como deseaba para que su jefe escuchara lo mismo que había escuchado él, y lo puso en marcha. Durante unos minutos se oyeron conversaciones muy espaciadas y sin sentido, sostenidas por The Spirituals, así como rasgueos de guitarras, algunas notas de acordeón, una armónica... Luego se oyó a uno de ellos decir que había alguien en cubierta, gritando. Poco después se oía la misma voz diciendo que un fulano llamado Milton Bermuda que decía ser detective privado y la hermana de Peter estaban arriba y que querían hablar con ellos. Hubo controversias y discusiones, pero finalmente se votó por recibirlos. A continuación, se oyó la conversación sostenida entre Milton y The Spirituals, que se atenuó considerablemente cuando fueron a ver los cuadros, juguetes, collares y vasijas. Por fin, la despedida.

Y unos segundos después, la voz de Didi Kelley:

«—Si la policía o el FBI fuesen tan tontos como ese tipo no tendríamos de qué preocuparnos.

»—Quizá no hemos debido ignorar lo ocurrido, Didi —se oyó una voz femenina—. Ha salido en todos los periódicos, y nosotros tenemos dos o tres aquí.

»—Pero no los ha visto —replicó Didi—. Los vamos a quemar ahora mismo, y seguiremos simulando que no sabemos nada. Para nosotros, Peter estuvo aquí anteayer, y eso es todo; no sabemos nada más. Y hasta podría resultar que ese Bermuda podría apoyarnos.

»—De todos modos —se oyó ahora a Tommy Devine—, Peter nos jugó una mala pasada al hablar de nosotros con su hermana. Tarde o temprano, ella o ese Bermuda, se lo dirán a la policía; y yo creo que lo harán en cuanto ellos lean también los periódicos. Entonces, el FBI se nos echará encima.

»—Sólo tenemos que decir que lo vimos hace dos días, y ya está. Es extraño que Peter le hablase a su hermana de nosotros y que no mencionase a Percy...

»—¡El muy cerdo! —estalló Pat Cormack—. ¡Me gustaría saber qué es todo eso de los veinte mil dólares! A nosotros nos dan unas cuantas raciones de "felicidad", y él se embolsa veinte mil dólares. Nunca debimos fiarnos de él. No mencionó para nada ese dinero. Nos dio la droga, preparó la fiesta, organizó el juego de la gallinita ciega..., y lo demás lo hicimos nosotros. Me pregunto cómo pudo escapársenos después de que decidimos matarlo allí, en la playa, después de matar a Peter.

»—Yo creo que alguien le esperaba cerca de allí con un coche. De otro modo, no habría podido escapar, estando herido. Cometimos una estupidez al dejarnos llevar por él a ese juego de la gallinita ciega, pero ya no tiene remedio. Me pregunto si habrá muerto ya...

»—Seguramente. De lo contrario nos habrían venido a pedir cuentas sus amigos. Aunque al verlo llegar malherido ya debieron comprender que lo habíamos atacado nosotros. ¡No iban a creer que había sido Peter Marsh-Lengton!

»—Yo creo que el juego de anoche fue horrible —intervino una de las chicas—. Aún no sé bien lo que me pasó, Didi.

»—Todos lo hicimos, pero eso tenemos que olvidarlo. Ahora debemos estar atentos al FBI, y sobre todo a la posible llegada de los amigos de Percy. Esa gente no gasta bromas. Y me parece que no saldremos muy bien librados de esto.

»—Tú fuiste quien se lo dijo también a Percy —recordó acremente Pat Cormack.

»—Me asusté. Después me di cuenta, por un instante, de que el único sereno allí era Percy, que lo había visto todo..., y me pareció que mientras él estuviese vivo nosotros estaríamos en peligro. ¡Maldito sea por haber podido escapar...!

»—El lo preparó todo. Es extraño. Lo conocíamos no hacía mucho, pero siempre se portaba bien con nosotros. Cuando nos propuso la nueva diversión tan fabulosa, no creí que fuese la gallinita ciega.

»—¡No hablemos más de eso! —exclamó una de las chicas—. Yo no he podido dormir bien esta noche.

»—Tienes razón, Penny —apoyó Tom Devine—. Vamos a olvidar lo sucedido. No sabemos nada de nada. Esperaremos a que el ambiente se calme, y ya veremos qué hace. De momento, nada de movernos de aquí, pues se fijarían más en nosotros. Vamos a preparar algo para cenar, y luego cantaremos un poco, antes de la hora del "amor azul"..."»

Milton Bermuda detuvo el aparato, y miró a su jefe y a Vic. Los dos estaban silenciosos, sombríos. Por fin, Gordon suspiró, y asintió con la cabeza.

—Buen trabajo, Milton —aprobó—. Todo muy bueno. Seguiremos utilizando este aparato para grabar sus conversaciones. Recógelo, Vic. Se lo llevaremos a uno de los muchachos que están cerca de la *Soul*, en el coche.

—Sí, señor —Vic recogió el aparato y masculló—: Supongo que todos estamos pensando lo mismo respecto a eso del «amor azul» que ha mencionado ese... ese espiritual...

—Tienen LSD —susurró Gordon—. Se van a empapurrar de música y de droga antes de amarse. Van a tener dificultades, según me parece, ya que son cuatro chicas y tres chicos solamente. Creo —miró a Milton Bermuda— que ha llegado la hora de ir a por ellos.

—Si hay alguien vigilándolos todavía, nos verán, y levantarán el vuelo, señor.

—Tienes razón. ¿Vamos a dejarlos una noche más con sus... juergas?

—Nadie va a perder nada por ello. Ni siquiera ellos mismos. Soy partidario de ir al Venus Motel, señor. Respecto a The Spirituals, lo sabemos ya todo, de modo que sería bueno ocuparnos de Percy y de la rubia, a ver si nos aclaran algunas cosas. En especial, eso de la gallinita ciega.

—Eso es un juego —dijo Vic—. Se pone uno en el centro de un círculo que...

—Todos sabemos cómo es ese juego, Vic —refunfuñó Gordon—. Lo mejor sería que tú fueses a llevarle a Malcom este receptor-grabador al coche, y le dices lo que pasa. Luego, ordenas que se distribuyan los receptores disponibles de nuestro equipo, a ver si oyen la voz de una mujer. En cuanto la oigan, que paren y nos avisen a Milton y a mí, que estaremos en el coche de él.

—Sí, señor... Pero si la rubia está en el Venus Motel, ¿por qué recurrir a los receptores?

—Pues porque quizá no esté en el Venus Motel, querido joven. ¿Algo

más?

—No señor. Adiós. Hasta luego, Milton.

Este y Gordon quedaron solos en el apartamento. El *g-man* metió en el portafolios la gallinita, el gran cartelón, doblado varias veces, la máquina «Polaroid»... Lanzó una exclamación, de pronto, y tomó a su jefe del brazo.

—¡Deprisa, señor! Olvidé decirle que tengo una foto de la rubia, así que tenemos que alcanzar a Vic, para que la lleve a la Delegación, que le hagan unos cientos de copias, y las distribuyan por toda Miami. ¡Estaría bueno que la viesen y no pudieran reconocerla! Porque, a fin de cuentas, no sé por qué, tengo el presentimiento de que no vamos a encontrarla en el Venus Motel.

Capítulo X

EL encargado del Venus Motel, en Arch Creek Drive, North Miami, tenía cara de sueño. Había estado durmiendo plácidamente apoyado en el mostrador hasta que llegaron aquellos dos tipos y le enseñaron sus placas.

—Sí —asintió después de escuchar la pregunta—. Ese señor Loomis estuvo alojado aquí, pero ya no. Pidió su cuenta, recogió sus cosas, y se fue.

—¿Cuándo se fue? —gruñó Gordon.

—Ayer por la mañana.

—¿Dejó alguna dirección?

—No... Pero puedo mirarlo, si quieren... Y veo que quieren, ¿verdad? Un momento — sacó el libro del estante de debajo del mostrador, lo abrió, y fue pasando el dedo por la última página—. Aquí está: Percival Loomis, cabaña número 19; llegó el martes pasado, esto es, hace casi nueve días... Y se fue ayer, sí.

—¿Vino alguien a buscarlo?

—No sé. Yo soy el encargado de noche. Durante el día está mi amigo Martin. Puede que él sepa más cosas que yo. Oigan... ¿qué ha hecho el señor Loomis? Le vi algunas veces, y parecía un estupendo muchacho. Claro que... Bueno, no lo era, ¿eh?

—No mucho. ¿Dónde podemos localizar a su amigo Martin?

—¡Je...! ¡Esta es buena! Les aseguro que no hay modo de encontrar a Martin; ni siquiera ustedes, los del FBI. Tiene un plan tremendo con una chica que tira de espaldas, y en cuando llego yo, se va con ella por ahí... Me parece que la chica tiene un apartamento, Pero ni idea de dónde es eso. Ustedes tendrían que conocer a Martin: así de alto, guapo, como un sol, simpático... Las tiene a montones. Acabará mal, este muchacho, ¡pero lo pasa en grande!

—¿A qué hora viene a ocuparse del motel?

—¡Ah, eso sí, es puntual como un ministro...! A las ocho, aparece todos los días por esa puerta.

—¿Está seguro de que no hay modo de localizarlo?

—Prueben... Yo lo intenté una noche que me encontraba mal, y me volví loco. Tuve que marcharme a casa dejando esto solo hasta que el propietario vino. Puedo darles la dirección de Martin, de todos modos, si

lo desean..., que sí lo desean, ya veo. ¿Prefieren que antes le llame por teléfono, por si está allá...? Ya veo que sí. *Okay*.

Pero, efectivamente, el alto y guapísimo Martin no estaba en su domicilio; al menos, el teléfono no era atendido. De modo que los del FBI aceptaron como pobre consuelo su dirección, a fin de ir allá.

—Pero antes, otra cosa —dijo Gordon—: ¿está ocupada ahora la cabaña 19?

—No señor... ¿Quieren...? *Okay*: sí quieren verla. Pues nada, vamos allá.

El encargado del motel permaneció en la puerta de la cabaña número 19 mientras los *g-man* la revisaban, sin tocar nada. Después de casi diez minutos de examen, se reunieron en el pequeño *living*, se miraron, y movieron negativamente la cabeza. No había nada a simple vista.

Le dijeron al conserje que debía mantener cerrada aquella cabaña, hasta que llegaran más agentes del FBI, y regresaron al coche de Milton. Una vez dentro, Gordon encogió los hombros.

—No sé si valdrá la pena, pues esa cabaña ha sido limpiada y ordenada, Milton, pero tampoco vamos a perder nada por llamar a los de Huellas. Es posible que encuentre algo interesante en esa cabaña. Yo mismo los llamaré... Salgamos de aquí.

Cuando el inspector Gordon terminó de dar las instrucciones pertinentes por el radioteléfono, estaban viajando ya Biscayne Boulevard abajo, hacia la Delegación. Todas las órdenes anteriores habían sido cumplidas, de modo que el mecanismo estaba en pleno funcionamiento. El cerco acabaría por cerrarse definitivamente. Eran casi las dos de la madrugada, los dos tenían sueño, y el humor no era demasiado bueno.

—Tenemos en la palma de la mano el caso más brutal de los últimos tiempos —gruñó de pronto Gordon—, y lo estamos posponiendo. Sin embargo, debo admitir que tienes muy buena parte de razón, Milt. Sabemos que Los Espirituales asesinaron la madrugada anterior, o sea, hace unas veinticuatro horas, a Peter Marsh-Lengton, es decir, que podemos presentar resuelto el caso a nuestros superiores cuando queramos... Pero sólo el caso de Miami. Me pregunto si Los Espirituales asesinaron también a las víctimas de Corpus Christi, Galveston, Nueva Orleans, y Tampa.

—No lo creo, señor.

—Ya sé, ya sé... Por eso tienes tanto interés en encontrar al otro grupo, al de Percival Loomis, y a esa rubia... Tienes muy buen olfato, muchacho. ¿Crees que resolveremos los cinco casos a la vez? Eso sería sensacional... ¡Menudo prestigio para nuestra Delegación!

—Yo no diría que es imposible, señor. Ya decidimos que tenían muchos puntos en común los cinco casos. Por tanto, si The Spirituals sólo han intervenido en uno, son Percival, la rubia, y alguien más los

que han intervenido en los cinco.

—Ojalá los encontremos pronto.

—¿Por qué no? Hemos dejado suelto a un conejito rubio que nos llevará a la madriguera, sin darse cuenta de que lleva el cuello atado con una cuerda que nos ha de guiar hasta los demás conejitos. Es simple, pero suele resultar eficaz.

—Ya veremos. Pero, en fin, al menos tenemos a The Spirituals, la fotografía de la rubia, los cadáveres de John Cash y Will Regan, cuyas huellas dactilares quizá nos aclaren algo... En realidad, parece como si sólo tuviéramos que apretar el puño para quedarnos con todos los conejitos en la mano.

—Que es precisamente adonde quería ir yo a parar, señor. Nada de andar por ahí cazando conejitos sueltos: una buena trampa, y todos al morral. Con un solo apretón. Esto..., ¿cómo está la señorita Marsh-Lengton?

—Bien cuidada.

—Vaya... Me alegro.

Eran las ocho en punto, y, sonriendo con cierta esperanza, Milton Bermuda se apeó de su coche, y se fue hacia el aparcamiento que había elegido el conductor del otro, bajo unas palmeras, cerca de la cabaña de la conserjería. El conductor del otro coche era un muchacho de rostro grandote, un poco basto, pero atractivo y de expresión simpática; un hercúleo hombretón de más de seis pies de estatura.

—¿Señor Martin? —preguntó Bermuda.

—Sí...

Martin parpadeó al ver ante sus ojos la placa del FBI. El *g-man* señaló un banco que había cerca de un pequeño y bonito estanque, y los dos se sentaron. Martin rechazó un cigarrillo, y Bermuda encendió uno.

—Mi jefe y yo estuvimos anoche hablando con su compañero, el señor Soames, que le está esperando para el relevo. Nos interesamos por uno de los clientes del motel, llamado Percival Loomis... ¿Lo recuerda?

—Desde luego. Un muchacho muy amable y simpático... Bueno, al menos lo parecía.

—Sabemos cuándo llegó, cuándo se marchó, que pagó la cuenta, que todo lo relacionado con el motel está en orden. Ahora bien, queremos localizarlo, y su compañero Soames dice que usted quizá pueda ayudarnos en eso. ¿Puede, señor Martin?

—Pues me temo que no... El señor Loomis no dejó ninguna dirección, lo siento.

—¿Nadie le llamó, no llamó a alguien, o...? ¿Qué le ocurre?

—Espere... Sí... El lunes, a eso de mediodía, llegó un telefonema para el señor Loomis. Él había ido a almorzar por ahí, de modo que yo tomé el recado...

—¿Lo apuntó?

—No... Era tan sencillo que no lo creí necesario...

—¿Lo llamó un hombre o una mujer?

—Un hombre.

—¿Desde dónde?

—Desde Tampa... Sí, desde Tampa, estoy seguro.

Bermuda se pasó la lengua por los labios. En Tampa se había cometido el penúltimo asesinato brutal de aquella serie; es decir, el anterior al de Peter Marsh-Lengton.

—Bien... ¿Qué decía ese mensaje tan sencillo, señor Martin?

—Hummm... A ver. *Llegaremos el martes a mediodía a City Yacht Basin en el..., en el...* No recuerdo el nombre... Recuerdo que pensé que tenía que ser un barco, claro, porque si decía que llegaba a City Yacht Basin...

—Entiendo. ¿No será *Soul*, ese nombre?

—¿*Soul*? Seguro que no. No tenía nada que ver con el alma. Me recordó... Vaya, era un nombre meteoro lógico...

—¿Un nombre meteorológico?

—Sí, sí... ¿Le parece una tontería?

—No —sonrió Bermuda—. De ninguna manera. Es que me gustaría que precisara usted un poco más. Eso de «meteorológico» es un poco incierto, ¿no cree? ¿Se refiere a la lluvia, quizá?

—No... Sé que es algo del tiempo...

—Bien... Veamos: ¿huracán, galerna, tempestad, marea, tifón, resaca, tornado...?

—¡Tornado! —exclamó Martin—. ¡Ese es el nombre! ¡Tornado!

Milton Bermuda se puso en pie, imperturbable. Lo cual ocurría con más intensidad precisamente cuando algo le excitaba más de la cuenta. Entonces, se cerraba como una ostra, y parecía el hombre más impávido y frío del mundo.

—Gracias por su colaboración, señor Martin. Le sugiero que vaya a relevar al señor Soames ya son más de las ocho. Adiós, y de nuevo gracias.

Se alejó hacia su coche, se metió en él, y partió de allí como un rayo.

A las ocho y media, justo cuando el inspector Gordon acababa de colgar uno de los teléfonos que había en su mesa, Milton Bermuda entrada, absolutamente imperturbable.

—¡Milt! —exclamó Gordon—. ¡Lo has conseguido! ¡Acaban de comunicarme que han oído una voz de mujer...! Y no lejos de aquí hacia la parte de la bahía.

—Espléndido. Dígales a los muchachos que busquen una embarcación llamada *Tornado*, precisamente por City Yacht Basin. No sé qué clase de embarcación pueda ser, pero apuesto a que no han ocultado

el nombre.

Gordon quedó boquiabierto. Descolgó el auricular de un manotazo, dio las nuevas órdenes, y se quedó mirando fijamente a su nuevo y sensacional agente.

—Buen trabajo, Milt —susurró, de pronto, se pegó un puñetazo en la palma de la mano izquierda, y estalló—. ¡Magnífico trabajo, por todos los demonios!

—Gracias, señor.

Capítulo XI

—AHÍ lo tenemos —señaló Gordon, con la barbilla, hacia el mar—. Un bonito yate, no cabe duda.

Muy bonito, en efecto. Blanquísimo, bien cuidado, con el nombre de reluciente latón en la proa... Lo estaban contemplando desde no menos de sesenta yardas. No había nadie en la cubierta. El sol resplandecía por el Este, y parecía teñir de rosa los vientres de algunas gaviotas. El azul de la bahía era intenso, con algunas manchas tornasoladas en verde y morado.

A distancias discretísimas, no menos de una docena de agentes del FBI estaban esperando las últimas instrucciones.

—Me pregunto qué estamos esperando —murmuró Vic.

—Es un poco temprano aún —replicó calmosamente Bermuda—. Vamos a darles tiempo para que acaben de despertar. Y para que aparezcan por cubierta, y sepamos cuántos son y quiénes son.

—¿Y luego?

—Pues iremos a por ellos. La prisa es menos aconsejable ahora que nunca, Vic. ¿Por qué arriesgarnos a que corra la sangre? Vamos a concederles un margen de espera. Quizá las cosas se puedan arreglar sin violencias.

—Lo dudo —replicó Vic.

—Y yo —dijo Gordon.

—En el fondo, yo también —admitió Bermuda—. No podemos olvidar que esa gente son capaces perfectamente de asesinar a cualquiera. Si vamos a por ellos, sabrán que algo hemos descubierto... Y sus delitos son tales, de tanta gravedad que no se dejarán cazar fácilmente, pues saben que serían condenados a muerte.

—Para decir eso no hace falta estudiar sicología criminal —refunfuñó Gordon.

—Lo sé. Es demasiado simple. Realmente, no confío en una solución... pacífica. Pero debemos intentarlo, o al menos eso creo. De todos modos, señor, a estas alturas en que se puede dar por terminada la investigación para pasar a la acción directa, dejo la decisión en sus manos.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir exactamente?

—Usted ha sido amable y condescendiente conmigo al permitirme

hacer las cosas a mi modo en «mi caso». Bien: «Mi caso» ha terminado. Ahora es de todo el FBI, ya que todos vamos a intervenir.

—Entiendo.

—Entonces... ¿vamos o no vamos? —se impacientó Vic.

El inspector-jefe Gordon permaneció pensativo unos segundos, mirando hacia el blanco y hermoso yate llamado *Tornado*. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—Vamos a esperar un poco. No se van a escapar, y, según lo que pase, es posible que las cosas se simplifiquen. Estaremos atentos.

Tan sólo media hora más tarde, dos mujeres aparecieron en la cubierta del yate, y Vic dirigió una rápida mirada a Bermuda.

—Eh, Milton, ¡ahí tienes a tu rubia! ¿O no es ella?

—Lo es... Pero no conozco a la otra, la pelirroja.

—Parecen dispuestas a abandonar el yate —murmuró Gordon—. Y la pelirroja lleva un maletín.

—Están locas si creen que podrán escapar —dijo Vic—, ¡Vamos a por ellas de una maldita vez!

—Espera... Ellas no tienen por qué saber que están rodeadas. Deben considerarse todavía a salvo. Ahora saltan al embarcadero... Veamos qué piensan hacer. No hay que descartar la posibilidad de que tengan más cómplices esperándoles en otro coche, y si van a reunirse con ellos, la redada será aún más completa.

Esto era tan probable, tan sensato, que Vic no tuvo la menor objeción. Se separaron unos pasos, y, cada uno por su lado, tras levantar el brazo izquierdo, en la señal convenida para que ninguno de los *g-man* que vigilaban intervinieran todavía, se fueron en pos de la rubia y la pelirroja. Estas fueron dejando atrás City Yacht Basin, hacia arriba, sin alejarse mucho de la costa. En un momento dado, Milton Bermuda se acercó a su jefe, y le musitó:

—Van a la lancha de The Spirituals, señor.

—¿Estás seguro? No parece lógico...

—Van hacia allí —insistió Milton—. Tiene que ser así. Si las estuviesen esperando en un coche, ningún sitio mejor que junto a Bayfront Park, y es evidente que nadie las espera ahí, puesto que se alejan. Y si van hacia dónde está la lancha *Soul* tiene que ser por algo concretó. Quieren hablar con The Spirituals. En todo momento han sabido que esos chicos estaban cerca de ellos.

—¿Y por qué no los han atacado, entonces, como represalia por haber herido ellos a Percival Loomis?

—No lo sé... Quizá les pareció que habría sido demasiado espectacular. Ve, señor... ¡Le aseguro que van hacia la *Soul*!

—Bien... Vamos a dejar que la aborden. Tenemos a dos de los nuestros a la escucha, por medio del aparato que encontraste en el coche

de esa gente. A ver qué dicen.

—De acuerdo. Yo iré al yate. Seguramente, han dejado solo a Percival Loomis, y no encontraré mejor momento que éste para llegar pacíficamente hasta él.

—Dile a Vic que te acomp...

—No. Para Loomis me basto yo solo, y dentro de la *Soul* hay muchachos muy peligrosos. No olvide, señor, que están armados, cuanto menos, con navajas. Hasta luego.

Se acercó a la portilla, y la empujó. La doble madera cedió hacia dentro, y Milton descendió los peldaños de madera, lentamente, evitando hacer el menor ruido. Llegó sin novedad al *living-yacht*, decorado con lujo, alegremente. Por el gran ventanal corrido que quedaba al nivel de la cubierta se veía el cielo azul, y un par de gaviotas pasaron planeando, sin mover las alas...

Súbitamente, cuando estaba de costado con respecto al pasillo que llevaba a los camarotes, la puerta de uno de éstos se abrió. Más que verlo, Milton lo intuyó, como se intuye el cambio de ambiente que crea la adición o la supresión de un mueble en una estancia. Fue puro instinto, auténtica premonición: su reacción fue mecánica, de autómata, prácticamente independiente de su voluntad, simples reflejos: se dejó caer de rodillas, girando para encararse al pasillo, mientras su mano sacaba velozmente la pistola, a la que, finalmente, para evitar escándalo, como sus demás compañeros había acoplado silenciador.

Al mismo tiempo que sus rodillas tocaban el piso y su pistola a su diestra, vio al hombre con su arma por delante, grande y poderosa... Justo cuando se producía el disparo del desconocido, el *g-man* se dejaba caer hacia delante, y apretaba también el gatillo. Oyó por encima suyo el chasquido de la bala del otro, el cual recibió su plomo en el centro del pecho, lanzó un alarido, y saltó hacia atrás, manoteando, en un gran salto asombroso y grotesco... Casi al mismo tiempo, otra puerta se abría también hacia el pasillo, rápidamente.

Y Milton Bermuda, prietas las mandíbulas, disparó contra aquella puerta.

Plop... Plop... Plop...

Se oyó el crujido de la madera, aparecieron los tres perfectos orificios, que por el otro lado debían mostrarse astillados... No pasó nada. El *g-man* todavía tendido de bruces, tensos los nervios, quedó con la mirada fija allí, dispuesto a disparar nuevamente a la menor señal de peligro.

Y cuando ya empezaba a pensar que había sido una falsa alarma, que por cualquier cosa aquella puerta se había abierto sola, un hombre apareció en el pasillo. Los nervios de Bermuda se tensaron, el dedo se crispó sobre el gatillo nuevamente dispuesto a apretarlo, pero entonces

vio la sangre en el pecho del hombre, hacia el costado derecho... El hombre apareció completamente en el pasillo, se volvió hacia Bermuda, y éste vio los ojos hieráticos, las astillas clavadas en aquel rostro desencajado por la proximidad de la muerte.

De pronto, el hombre alzó una mano, dio un paso hacia delante, y cayó de bruces, rígido, tieso como un poste. Su caída resonó fuertemente. Luego, el silencio.

Despacio, Bermuda se puso en pie, fijos sus ojos en el pasillo. Llegó junto a su primer enemigo, y, pese a que lo había matado, apartó la pistola hacia un lado del pasillo, lejos del alcance de su mano. Lo mismo hizo con la otra pistola. Mentalmente, de modo inconsciente, estaba realizando la cuenta de muertos en su primera misión importante: cuatro. Hizo una mueca de disgusto, aún sabiendo que aquellos cuatro hombres muertos lo habían merecido sobradamente.

Con toda cautela, fue abriendo las puertas de los demás camarotes, y eso fue todo. Milton estuvo a punto de entrar, pero calculó la posibilidad de que aún quedasen más enemigos útiles dentro del yate, así que siguió hasta la cocina, bastante espaciosa, con todo confort, grandes armarios... Se guardó la pistola, y regresó al camarote donde estaba el hombre herido.

Se sentó en el borde de la litera, abrió el portafolios, y colocó ante los ojos del hombre la gallinita.

—¿La conoce?

Un destello en los ojos del hombre dijo que sí. Un destello que pareció crear una diabólica sonrisa en el herido.

—¿Es usted Percival Loomis?

La voz del herido brotó ronca:

—Sí...

El *g-man* asintió con la cabeza. Se veían un par de trozos de esparadrapo en su rostro, pero cuando Milton alzó la ropa de la cama, vio el desnudo pecho completamente vendado, y volvió a asentir con la cabeza.

—¿Esto se lo hicieron The Spirituals?

—Sí...

—¿Sabe por qué?

—Se... asustaron... porque comprendieron que... que yo los iba a tener a merced mía... a partir de... entonces...

—Usted presenció el asesinato de Peter Marsh-Lengton.

—Sí...

—Es más: según tengo entendido, incluso lo planeó. ¿Cierto?

—Sí...

—¿Qué papel tiene la gallinita en todo esto?

—Fue... fue un juego que... que inventaron Mónica y Agatha...

—¿La rubia y la pelirroja? ¿Ellas son Mónica y Agatha?

—Sí. Ellas... ellas eran las encargadas de... de buscar diversiones nuevas... a algunos de nuestros... clientes de drogas. Las adquiríamos en México, y luego las... las distribuimos por toda la costa Sur y Este de Estados Unidos...

—Entiendo que ustedes son traficantes de drogas, Loomis. Pero sigo sin saber qué significa la gallina.

—Nosotros buscábamos... gente joven, que son más fáciles de convencer en todo, y... y les vendíamos drogas... A veces, encontrábamos algunos que... que estaban incluso aburridos de tomar drogas, y... y entonces, Agatha y Mónica empezaron a pensar en... en proporcionarles algo que les divirtiese aún más que eso, para que... siguieran consumiendo... Para jugar a la gallinita ciega... hacía falta un buen grupo de muchachos y uno de ellos que... que tuviera dinero...

—Ya sé que todas las víctimas eran ricas, Loomis. Veamos si le ahorro un poco de esfuerzo: cuando algunos de sus clientes se mostraban reacios, ustedes les proponían la nueva diversión, que era la de la gallinita ciega. Entonces, buscaban a un muchacho que, además de ser especial, un inconforme y además vicioso, tuviera dinero. Le proponían algo sensacional a cambio de determinada cantidad, y cuando el muchacho o la muchacha le traía el dinero a usted, se condenaba a muerte. Lo llevaba con los demás que esperaban la gran diversión, y ellos lo mataban. Luego, usted se iba con el dinero, y además se aseguraba de que tenía en sus manos a los jóvenes asesinos de cada grupo, pues si no se portaban como usted quería los delataría a la Policía. Es decir, que, al mismo tiempo que se aseguraban clientes y quizá colaboradores en la distribución de drogas entre los jóvenes, se quedaban con las bonitas cantidades que cada víctima pagaba para... divertirse.

—Sí... Así es...

—¿Qué diversión le ofrecieron a Peter Marsh-Lengton?

—Yo... yo siempre me adelantaba a mis amigos... Después de uno de los «golpes», nos quedábamos... un tiempo allí mismo, para no... para no levantar sospechas por marcharnos... Semanas después, yo los dejaba en el yate, iba... a otra ciudad, y buscaba la siguiente víctima para la... la gallinita ciega... Llegaba con una semana de tiempo..., y buscaba al muchacho o muchacha adecuados... Iba a... a *dancings* y sitios así... Yo tengo... buena vista para... para elegir...

—De acuerdo en eso. Muy bien, sabía elegir a un jovencito adecuado: hastiado, rico, vicioso, dispuesto a divertirse a toda costa. Y eligió a Peter Marsh-Lengton. ¿Qué le ofreció a cambio de los veinte mil dólares?

—Supe enseguida que... que era un chiflado de la... fotografía, y... y

le dije que podía proporcionarle escenas que... jamás nadie había fotografiado...

—Y le presentó a The Spirituals.

—Sí... A ellos les dije que se iban a divertir de verdad, y que Marsh-Lengton pagaba todo... el gasto... A Marsh-Lengton le dije que... que The Spirituals harían para él unas escenas que nunca nadie... había fotografiado...

—¿Escenas sexuales?

—Sí... Le dije a Marsh-Lengton que... que eso costaría mucho dinero, y el muchacho dijo que no... que no importaba el dinero, que él lo... conseguiría... Y lo hizo. Entonces, esa noche fuimos a... a la playa... y jugamos a la... gallinita ciega...

Percival Loomis continuaba hablando, pero Milton Bermuda se había puesto en pie, notando ahora un frío sudor, un temblor en todo el cuerpo, y, sobre todo, aquellas violentísimas náuseas que iban a vencerle de un momento a otro, si no hacía algo. A trompicones, salió del camarote, y fue al *living-yacht*; encontró whisky, y bebió ávidamente un largo trago, tras dejarse caer en el diván corrido.

—Dios mío —gimió roncamente—. ¡Dios mío!

—¡Milton! ¿Qué te pasa?

Sacudió la cabeza, sobresaltado. Ante él estaba Vic, que, al parecer, había acudido a su encuentro. También estaba visiblemente alterado.

—Nada... ¿Y a ti?

—¿Qué te ha pasado en el yate?

—Todo... está solucionado allí. ¿Y en la lancha?

—La rubia y la pelirroja están dentro, charlando con esos muchachos. Se están recriminando un montón de cosas, y ellas les han propuesto que las saquen de Miami en su lancha, pero ellos no quieren, a pesar de que les han ofrecido los veinte mil dólares de Peter Marsh-Lengton.

—¿Por qué no quieren? ¿Qué traman esas mujeres?

—No lo sabemos aún. El jefe quiere que oigas lo que están hablando... ¡Vamos al coche donde está el receptor! ¡Deprisa! ¡Creo que deberíamos intervenir de una maldita vez!

Echaron a correr los dos, y, sólo medio minuto más tarde, Milton entraba en el coche donde un agente y el inspector Gordon estaban escuchando la conversación que iba quedando grabada.

—¿Todo bien en el yate, Milt?

—Digamos que sí, señor

Capítulo XII

—¡NO creemos ni una sola palabra! —cortó finalmente Didi Kelley.

—¡Pero os aseguro que es cierto! —gritó desesperadamente la rubia Mónica—. ¿Nos creéis tan locas como para venir aquí las dos si no fuese cierto?

—Es una trampa —insistió Didi.

—¡Pero qué clase de trampa! —aulló la pelirroja Agatha—. ¿No comprendéis que estamos todos en peligro? ¡Tenemos que marcharnos todos de Miami, inmediatamente!

—¿Y por qué no se marcharon ustedes anoche, después de que ocurrió todo eso que nos ha contado con el detective Bermuda?

—Porque teníamos que pensarlo... Además, de día es mejor, no se llama tanto la atención de los Guardacostas. ¿Cómo hay que deciros las cosas? Mataron a dos de los nuestros, quizá localicen a Percy por medio del coche que alquiló al llegar a Miami... Ese Bermuda es demasiado listo para ser un simple detective privado. Y si él mismo no es otra cosa, sabe ya que yo le he hablado de Peter Marsh-Lengton, irá a contárselo al FBI si no lo ha hecho ya...

—Me extraña mucho que ustedes hayan venido a beneficiarnos después de que intentamos matar a Percy:

—¿Qué importa eso ahora? Tenemos que unirnos para escapar de esto...

—No veo la necesidad de unirnos. Lo que pasa es que ustedes temen que si nos detienen a nosotros, los delataremos.

—¡Claro que tememos eso! ¿Quién ha pretendido negarlo? Todo lo que queremos es que os marchéis, igual que vamos a hacer nosotros... Os hemos traído veinte mil dólares... ¿Qué más queréis?

—No nos fiamos de ustedes —aseguró con voz chillona Lucy Kovac.

—¡Pero estáis locos! ¡Ese Bermuda ya habrá ido al FBI, os vendrán a interrogar...! ¿Por qué esperar eso? ¡Tomad los veinte mil dólares, y marchaos!

—¿Adónde? —le gritó Penny O'Malley.

—Cualquier sitio será mejor que Miami.

—¿Sí? ¿Con el FBI detrás nuestro, avisado por el detective Bermuda? ¡En esas condiciones todos los sitios son tan malos como Miami! Si es cierto que Bermuda ha ido al FBI o piensa ir, tanto da que estemos en un

sitio como en otro. ¿Por qué molestarme? Y ustedes saben eso muy bien.

—Lo saben perfectamente —murmuró Pat Cormack, que hasta entonces no había dicho ni una palabra—. Saben que vayamos a donde vayamos, el FBI nos encontrará. A menos... que vayamos a un sitio donde ni el FBI pueda llegar.

—No existe ese lugar —sentenció Tom Devine.

—Sí —sonrió torcidamente Cormack— Sí existe ese lugar, Tommy.

—Pues dinos cuál es y vayamos allá.

—Lo malo es que es un lugar al que a nadie le gusta ir... Lo llamaremos el Reino de la Dulce Muerte, por ejemplo.

Después de estas palabras, nadie tuvo valor para pronunciar ninguna más. Hubo cambios de miradas, y finalmente todos se quedaron contemplando ceñudamente a la pelirroja y a la rubia.

—Se me está ocurriendo —susurró Didi— que es precisamente allí donde quieren llevarnos estás dos «señoras».

Agatha y Mónica palidecieron. De pronto, parecieron darse cuenta de que estaban en el centro de aquel círculo de muchachos hastiados de todo, que vivían el «muy bello amor azul» y cosas parecidas...

—No —jadeó Agatha—. No, no es eso, no...

—Te diré lo que pienso, mujer —continuó Didi—. Vosotras habéis venido aquí para engañarnos. Es cierto que nos habéis traído dinero... Veinte mil dólares. ¿Qué importa eso? ¿Qué importan veinte mil cochinos dólares, para vosotras, que ganáis muchísimos más con vuestras ventas de drogas y vuestros planes para diversiones nuevas...? ¿Creéis que somos tontos?

—No, no... ¡No! —gimió Agatha.

—Cada vez lo veo más claro... Queréis que salgamos de aquí, que vayamos a alta mar. Allá, nos alcanzaréis con vuestro yate, y nos mataréis a todos... Eso es lo que queréis: el silencio de la muerte. Si nos matáis, podréis escapar con tranquilidad. Y eso es lo que habéis venido a hacer: engañarnos, para que con vuestro maldito dinero salgamos de aquí, y podáis cazarnos como a cerdos en el mar. Tenéis armas... Seguramente, disponéis de bombas, o algo así... Una bomba a la *Soul*, y... ¡todo terminado! ¿No es eso?

—No... ¡No, no, no...!

—Pues yo digo que sí. Y eso no nos gusta a nosotros,

Agatha retrocedió un paso, contemplando las relucientes pupilas de Didi Kelley. Pero, al retroceder aquel paso, recordó que estaba dentro de un círculo; su mano se crispó en una de las de Mónica, y las dos quedaron inmóviles, pálidas, demudadas.

—No es cierto... No pretendíamos eso... ¡No es verdad! ¡Os juro que sólo queremos...!

Su voz se secó en la garganta, bruscamente, provocando un ronco

respingo, al ver la navaja que apareció en la mano de Didi Kelley. Inmediatamente, los demás sacaron también sus navajas, incluidas las chicas, cuya expresión había cambiado... Se habían pasado la noche en blanco con sus drogas y sus sistemas de vida privada, y las mentes no estaban precisamente claras. El círculo de desencajados rostros se estrechó un poco más, mientras las navajas brillaban fríamente...

—Estáis... equivocados... No es eso... Os lo juro,

—Yo digo que sí. Queréis matarnos a todos; pero os vamos a demostrar que no aceptamos esta clase de bromas. Ya matamos anteanoche a Peter Marsh-Lengton, jugando a la gallinita ciega...

Capítulo XIII

MILTON Bermuda respingó, y miró vivamente a su jefe.

—¡Deprisa! ¡Vamos allá, señor! ¡Están proyectando jugar a la gallinita ciega con ellas! ¡Y no les importa que ellas puedan verlos, que no tengan los ojos vendados!

—Pero ¿qué dices? ¿Qué...?

—¡Corramos! ¡Ojalá lleguemos a tiempo!

Salió del coche a toda prisa, seguido por Gordon y por Vic. Bermuda hizo señas a algunos agentes que estaban un poco alejados, como ajenos a todo lo que estuviese ocurriendo cerca de ellos.

—¡Los gases! —gritó, agitando los brazos—. ¡A la lancha con los gases, deprisa! ¡Y disparad inmediatamente al interior por la portilla!

Corría ya hacia la lancha. Saltó a cubierta, empujó la portecilla, y se apartó. En aquel momento, Vic y Gordon saltaban a la lancha, y dos agentes especiales, armados con escopetas especiales para el lanzamiento de gases lacrimógenos, se colocaron en el borde del embarcadero, listas las armas, mirando a Bermuda, que aulló:

—Vamos, ¡disparad ya! ¡Disparad!

Sin pérdida de tiempo dispararon.

Los dos *g-man* dispararon, y las granadas lacrimógenas penetraron en el interior de la lancha por la abierta portilla. Se produjo abundante humo casi blanco inmediatamente, y abajo, comenzaron a oírse las toses violentas, empuñaron sus pistolas, y saltaron también a la cubierta de lancha, formando junto con Gordon, Vic y Bermuda una barrera insalvable.

La primera en aparecer, ocultándose el rostro con las manos y tosiendo fuertemente, fue Jessica Dahl. Luego, empujándose, fueron apareciendo los demás, hasta un total de siete. Mientras tanto, más agentes del FBI habían corrido hacia allí, saltando a la lancha, dominando por completo la situación... Solamente salieron siete personas: The Spirituals, que se dejaron caer sobre cubierta, desgarrados sus pulmones por la violentísima tos provocada por los lacrimógenos.

—No sale nadie más... —susurró Vic.

Bermuda se tapó la boca y nariz con el pañuelo, cerró los ojos, y se lanzó peldaños abajo. Completamente a ciegas, recordando la distribución de la lancha, llegó abajo, encontró el cierre de un ventanal,

y lo abrió... Los gases marcharon rápidamente, y, por fin, el *g-man* se atrevió a abrir los ojos. Para entonces, Gordon, Vic, y dos agentes más, habían descendido también.

—Por el cielo —tartamudeó Vic—. Creo... creo que... que voy a vomitar...

Los demás estaban tan intensamente pálidos que parecían cadáveres puestos en pie, tal era su inmovilidad, su lividez. Arriba se oían gritos, órdenes, pisadas rápidas en la cubierta. Ninguno de los federales supo el tiempo que pasó hasta que oyeron las pisadas en las escaleras de madera, y oyeron la voz de uno de sus compañeros:

—¡Están todos! ¡Los están sacando de la lancha, y...!

—Cubridlas —pudo jadear finalmente Gordon—. Buscad mantas, o sábanas... ¡Lo que sea, pero cubridlas!

Su orden fue cumplida rápidamente, mientras él regresaba a la cubierta. Al salir allí, al ver el sol y el cielo azul y límpido, respiró muy hondo, como antes había hecho Milton al salir del yate *Tornado*. Milton pasó por su lado, saltó al embarcadero, y se alejó. Cuando regresó, con el portafolios en una mano, había junto a Gordon, hablando excitadamente, uno de los agentes que se habían hecho cargo del yate después de abandonarlo Bermuda.

—¿Qué sucede? —murmuró Milton.

—Encontramos a dos hombres en el pasillo del yate, muertos a balazos, Milton —explicó el otro *g-man*—. Y en uno de los camarotes, otro hombre...

—Ya sé. Yo maté a los dos del pasillo, pero el otro está vivo y podrá decirnos...

—¿Vivo? Nada de eso... Cuando entramos en el camarote estaba completamente destapado; y se había desangrado. A menos que a ti se te ocurra otra explicación.

—No... No hay otra explicación... Percival Loomis se ha hecho justicia a sí mismo. Del mismo modo que los propios Spirituales.

Una vez recuperado Gordon de la impresión bajó y también se encontró a un agente acuchillado.

ESTE ES EL FINAL

EL sepelio había terminado ya, y todos los amigos se habían marchado del cementerio. El panteón de los Marsh-Lengton había sido cerrado, y, delante, solamente quedaba Daisy, con la cabeza baja, pensando, recordando mejores tiempos, quizá los de su niñez, cuando Peter estaba vivo, y ambos jugaban en el jardín de la quinta de Di Lido Island. No había nadie más. Arnold esperaba fuera del cementerio, en el coche, para regresar a casa...

—Este es un bonito lugar —dijo una voz tras ella, obligándola a volverse rápidamente, sobresaltada—. Aunque a nadie nos guste vivir aquí, no podemos negar que existe toda la paz del mundo.

—Milton...

—Yo... conseguí permiso de mi jefe para asistir a esta... despedida, Daisy. Tenemos mucho trabajo, pero él no se negó. Es más, fue el primero en ofrecermelo que si quería venir podía hacerlo.

—Se lo agradezco mucho... A los dos, Milton. Le he visto antes, cuando el responso... y me he sentido menos sola.

El *g-man* tragó saliva.

—¿Quiere que la acompañe a casa?

—No, no... Arnold me está esperando en el coche..., y usted tiene mucho trabajo. Será mejor que salgamos de aquí.

Salieron del cementerio, y fueron hacia el coche de Daisy, junto al cual, en efecto, serio y grave como nunca, esperaba el mayordomo de la quinta de los

Marsh-Lengton. Ya ante la abierta portezuela, Daisy se volvió, y tendió la mano al agente del FBI.

—Adiós, Milton... Gracias por todo.

Bermuda tomó aquella manita fría.

—Hoy y mañana voy a tener mucho trabajo en la Delegación —murmuró—. Pero el sábado y el domingo espero disponer de algunas horas libres. Me gustaría visitarla... Para interesarme por las flores, y todas sus clases de especies. Me parece que son más dignas de estudio que la criminología o sicología criminal.

—Pocos comprenden eso, Milton.

—Sí, lo sé... Resulta lamentable, pero cierto. Yo he... he pensado que quizá aceptaría mi colaboración para escribir ese libro sobre todas las

flores del continente norteamericano, Daisy. Cuando me propongo aprender una cosa, no hay nadie más estudioso que yo... ¿Me permitiría ayudarla, colaborar...?

Daisy Marsh-Lengton apretó suavemente la mano del *g-man* antes de retirar la suya al fin.

—¿Te parece bien el sábado a las diez, Milton? —sonrió suavemente.

F I N

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

